

El Correo

**Cuarenta años
después**

**Conmemoración
del fin
de la Segunda Guerra
Mundial**



Foto © Delegación Permanente de la Rep. Pop. de Bulgaria en la Unesco

La hora de los pueblos

34 Bulgaria

La Bandera de la Paz

“Estimular el talento creativo de los jóvenes de todos los países y de todos los continentes. Contribuir al intercambio de experiencias en la esfera de la educación. Ayudar a conocer el patrimonio y las tradiciones de las culturas nacionales. Ahondar en el análisis científico de los problemas pedagógicos, profesionales, sociales y humanos relacionados con el desarrollo pleno de los niños e incrementar el potencial creador de éstos”: así resume el profesor Nikolai Todorov, vicepresidente de la Academia de Ciencias de Bulgaria, los objetivos de “Bandera de la Paz”, un movimiento internacional de los niños del mundo, creado en Bulgaria, que ha recibido el apoyo de diver-

sos países y organizaciones internacionales, entre ellas la Unesco. En 1979, con ocasión del Año Internacional del Niño, se reunieron en Sofía 1.300 niños y muchachos venidos de 76 países. Uno de los momentos culminantes de la concentración fue la inauguración del monumento de hormigón Bandera de la Paz, que consiste en una torre central rodeada de dos muros semicirculares. En éstos se han instalado campanas de diversos países, cada una acompañada de un llamamiento en pro de la paz del mundo. En la foto, un grupo de niños frente a uno de los muros del monumento. Este año se celebrará en la capital búlgara otra reunión internacional de niños, “Sofía 85”.

Este número

GRAN virtud de los aniversarios es que, por paradoja, constituyan ocasiones intemporales en que el presente, el pasado y el futuro escapan brevemente de la tiranía del calendario y del reloj para recordarnos su esencial unidad. Al volver nuestra mirada al pasado contemplamos las raíces del presente; y al mirar hacia el futuro advertimos los vagos perfiles de cierto número de futuros posibles entre los cuales elegimos en función de nuestras acciones presentes.

En este número de *El Correo de la Unesco*, que conmemora el 40º aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, queremos recordar con dolor el heroísmo y el sufrimiento de los cincuenta millones de seres humanos de todos los países que en ella perecieron. Pero nuestro propósito es sobre todo poner de relieve los terribles estragos culturales originados por un conflicto en el que los primeros en ser atacados fueron los valores espirituales.

En segundo lugar, es nuestra intención hacer hincapié en el sombrío futuro que, según la opinión unánime de varios científicos soviéticos y norteamericanos, estamos preparándole al mundo. Afirman esos expertos, apoyándose en la frialdad de las datos científicos, que si llegara a estallar la guerra nuclear, el mundo se hundiría en las tinieblas del "invierno nuclear" y toda posibilidad de futuro se desvanecería para la especie humana.

Hoy día está perfectamente claro que el valor físico y moral gracias al cual pudo impedirse, hace cuarenta años, que el mundo retrocediera hacia la más negra barbarie ya no es suficiente. Como declara el Preámbulo de la Constitución de la Unesco, "es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz".

De todos modos, era obligado que rememoráramos aquí el sacrificio de millones de hombres, mujeres y niños de tantos países hace cuatro decenios. La limitación de nuestras treinta y seis páginas nos impedía manifiestamente ofrecer una visión completa de ese sacrificio multitudinario, cosa que no nos hemos propuesto. Pero al evocar un solo hecho de armas colectivo, un simple acto individual de coraje y de resistencia, un único ejemplo de espíritu capaz de soportar los peores horrores que el hombre puede infligir al hombre, rendimos homenaje a todas las víctimas sacrificadas en aras de la agresión y de la guerra.

Su mayor victoria es infundirnos esperanza. Esos hombres, mujeres y niños abrieron el camino al nacimiento de nuevas naciones y contribuyeron a preservar el patrimonio cultural que ha hecho posibles nuevas conquistas del espíritu humano.

Jefe de redacción: Edouard Glissant

Mayo 1985

Año XXXVIII



Foto © El Correo de la Unesco

-
- 4 La paz y los valores humanos**
por Amadou-Mahtar M'Bow
-
- 5 ¿Por qué la guerra?**
Carta a Sigmund Freud
de Albert Einstein
-
- 6 Una cultura en ruinas**
por Frederic V. Grunfeld
-
- 8 La Resistencia en la gruta del arte**
Escondite de armas en Lascaux
por André Malraux
-
- 10 Los museos británicos se ocultan bajo tierra**
por Harold Plenderleith
-
- 12 El arte sitiado**
El Hermitage de Leningrado bajo las bombas nazis
por Boris Piotrovski
-
- 13 ¿Puede salvarse todavía la civilización?**
por Yuri Kirchin
-
- 16 La resistencia olvidada**
-
- 18 "El ruido y la furia"**
-
- 20 Un calendario para la paz**
por Giotsu N. Sato
-
- 22 La emancipación de los hombres y de los pueblos**
-
- 23 La Unesco: nacimiento de un ideal**
-
- 24 Del pesimismo a la esperanza**
por Lewis Thomas
-
- 26 El invierno nuclear**
La guerra moderna acabaría con la vida en el planeta
-
- 32 La Unesco y las investigaciones sobre la paz**
-
- 2 La hora de los pueblos**
BULGARIA : La Bandera de la Paz

Revista mensual publicada en 31 idiomas por la Unesco, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
7, Place de Fontenoy, 75700 París.

Español	Italiano	Turco	Esloveno	Finés
Francés	Hindi	Urdu	Macedonio	Sueco
Inglés	Tamul	Catalán	Servio-croata	Vascuence
Ruso	Hebreo	Malayo	Chino	
Alemán	Persa	Coreano	Búlgaro	
Arabe	Portugués	Swahili	Griego	
Japonés	Neerlandés	Croata-servio	Cingalés	

Se publica también trimestralmente en braille, en español, inglés, francés y coreano.

ISSN 0304-310 X
Nº 5 - 1985 - OPI - 85 - 3 - 422 S

La paz y los valores humanos

por Amadou-Mahtar M'Bow

Director General de la Unesco

LA Segunda Guerra Mundial terminó en 1945: el 8 de mayo en el teatro de operaciones de Europa, el 2 de septiembre en el del Pacífico. En ella se convirtieron en procedimiento sistemático las matanzas colectivas, la destrucción total de ciudades, la deportación de poblaciones enteras, la multiplicación de los campos de exterminio. Suscitada por la voluntad de dominación y caracterizada desde su comienzo por la intolerancia ciega y los prejuicios, la guerra hirió a la humanidad en su misma carne pero también en la fuente de sus más sólidas creencias, en lo más valioso de las culturas de los pueblos. El conflicto mundial se caracterizó tanto por la brutal negación de los valores humanos como por su defensa tenaz. Tenemos pues el deber de honrar a quienes dieron su vida por la salvaguardia de las civilizaciones del mundo y por la libertad de los hombres y de recordar sus sufrimientos y sacrificios a las generaciones actuales.

Honrar su memoria es recordar también la labor de reconciliación y de reconstrucción emprendida desde el fin de la guerra con la creación de las Naciones Unidas y de la Unesco. A esta última organización se le encomendó en particular la misión de fortalecer, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la paz entre las naciones, contribuyendo al establecimiento de relaciones nuevas basadas en los principios del saber, de la justicia y de la comprensión mutua.

Esa misión, que la Unesco se ha esforzado por cumplir resueltamente, es hoy más imperativa que nunca.

La imagen del mundo que actualmente se impone cada vez más a todos los espíritus es la de un espacio unificado y complejo en el que se multiplican las fuentes de fricción, al mismo tiempo que se refuerzan los medios de comunicación y resaltan con claridad las razones de la cooperación.

Jamás los hombres se han sentido tan capaces como hoy de comprenderse y a la vez de destruirse mutuamente. Desde 1945 no han cesado las guerras llamadas locales, que han causado ya la muerte de decenas de millones de personas. En la hora actual, la aceleración de la carrera de armamentos, unida a la propagación de los numerosos conflictos locales con ramificaciones internacionales, acentúa el peligro de un enfrentamiento generalizado y hace pesar una amenaza sin precedentes sobre el futuro de la humanidad.

La gravedad de esos peligros comienza a percibirse ampliamente y pone más de relieve aun la aspiración de todos los pueblos del mundo a una paz duradera, basada en el respeto de los derechos de los individuos, de la libertad de las naciones y de la justicia y en el progreso universal.

De ahí que la Unesco, fiel a los principios enunciados en su Constitución, siga contribuyendo a desarrollar, en las esferas de su competencia, la comprensión, la tolerancia, el respeto mutuo y la solidaridad entre los individuos y entre los pueblos así como el reconocimiento de sus derechos y de sus deberes recíprocos.

En efecto, es tarea de todos nosotros contribuir a una verdadera renovación de los valores, imprimiéndoles el sentido de una continuidad ininterrumpida entre los derechos de cada individuo, de cada nación y de la humanidad entera.

La conmemoración del cuadragésimo aniversario de la terminación de la Segunda Guerra Mundial nos recuerda ese deber y nos exhorta a cumplirlo.

¿Por qué la guerra?

*Carta de Albert Einstein
a Sigmund Freud*

Publicamos en esta página, ligeramente abreviada, una carta de Albert Einstein a Sigmund Freud, que, junto con la respuesta de éste, editó en 1933 el Instituto de Cooperación Intelectual con el título de ¿Por qué la guerra? El Instituto auspiciaba entonces la publicación de una serie internacional de cartas abiertas en las que intelectuales destacados intercambiaban ideas sobre cuestiones de interés general, la más importante de las cuales era la amenaza de guerra.

Caputh nach Potsdam, 30 de julio de 1932

Querido profesor Freud:

...¿Existe algún medio que permita al hombre librarse de la amenaza de la guerra?

En general se reconoce hoy que, con los adelantos de la ciencia, el problema se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para la humanidad civilizada; y, sin embargo, los arduos esfuerzos desplegados con miras a resolverlo han fracasado hasta ahora de manera lamentable.

Creo, por otra parte, que aquellos cuya tarea consiste en ocuparse práctica y profesionalmente de ese problema son cada vez más conscientes de su impotencia al respecto y desean ahora muy vivamente recabar la opinión de los hombres que, absortos en el cultivo de la ciencia, son capaces de considerar los problemas mundiales con la perspectiva que permite la distancia. En lo que a mí respecta, la dirección habitual de mi pensamiento no es de las que permiten una visión en profundidad de las zonas oscuras de la voluntad y el sentimiento humanos. De ahí que, en el intento de esclarecimiento ahora emprendido, apenas pueda hacer más que plantear claramente la cuestión y, dejando de lado las soluciones más elementales, ofrecerle a usted ocasión para que ilumine el problema con la luz de su profundo conocimiento de la vida instintiva del hombre.

Para mí que soy un ser libre de prejuicios nacionales, sólo hay una manera sencilla de abordar el aspecto superficial (es decir administrativo) del problema: el establecimiento, por consentimiento internacional, de un órgano legislativo y judicial para resolver cuantos conflictos surjan entre las naciones. Cada nación se comprometería a someterse a las órdenes dictadas por ese órgano legislativo, a apelar al tribunal en todos los casos litigiosos, a plegarse sin reservas a sus decisiones y a ejecutar cuantas medidas estime necesarias para asegurar su aplicación. Pero aquí topo ya con una dificultad: un tribunal es una institución humana que en sus decisiones puede mostrarse tanto más accesible a las solicitudes extrajudiciales cuanto menor sea la fuerza de que disponga para poner en práctica sus sentencias. Hay un hecho con el que tenemos que contar: derecho y fuerza se hallan inseparablemente unidos, y las decisiones judiciales se aproximan al ideal de justicia de la comunidad, en cuyo nombre e interés se pronuncian las sentencias, en la medida misma en que esa comunidad puede reunir las fuerzas necesarias para hacer respetar su ideal de justicia. Pero hoy estamos muy lejos de poseer una organización supraestatal que sea capaz de conferir a su tribunal una autoridad indiscutible y garantizar el sometimiento absoluto a la ejecución de las sentencias. Y así llego a mi primer principio o axioma: el camino que conduce a la seguridad internacional impone a los estados el abandono incondicional de una parte de su libertad de acción o, dicho de otro modo, de su soberanía. Y no cabe la menor duda de que no existe otro camino que conduzca a la seguridad.

El fracaso, pese a su manifiesta sinceridad, de todos los esfuerzos que durante la última década se han desplegado con miras a alcanzar ese objetivo no nos deja resquicio para dudar de que en éste punto intervienen poderosos factores psicológicos que paralizan tales esfuerzos. Algunos de esos factores son fácilmente perceptibles. La apetencia de poder que caracteriza a la clase gobernante en todas las naciones se opone a cual-

quier limitación de la soberanía nacional. Ese "apetito político de poder" se nutre a menudo de las actividades de otro grupo cuyas aspiraciones tienen un carácter puramente material y económico. Pienso aquí en particular en ese grupo poco numeroso pero decidido que encontramos en todos los países y que forman individuos que, indiferentes a las razones e intereses sociales, consideran la guerra y la fabricación y venta de armas simplemente como una ocasión para obtener ventajas particulares y ampliar el campo de su poder personal.

Esta sencilla constatación es sólo un primer paso hacia la plena comprensión de la situación efectiva. En seguida surge una pregunta: ¿Cómo es posible que esa minoría consiga poner al servicio de sus ambiciones a la gran masa del pueblo que de las guerras sólo obtiene sufrimiento y empobrecimiento? (Cuando hablo de la masa del pueblo, no pretendo excluir a los militares de cualquier graduación que han elegido la guerra como su profesión, con la convicción de que contribuyen a defender los más altos valores de su raza y de que el ataque es a menudo el mejor medio de defensa). Me parece que una respuesta evidente a tal pregunta sería que esa minoría de dirigentes políticos tiene en sus manos la escuela y la prensa y generalmente también a la Iglesia. Ello le permite organizar y dominar los sentimientos de las grandes masas y convertirlas en su instrumento.

Pero ni siquiera esta respuesta explica el problema. Porque de ella surge otra pregunta: ¿Cómo es posible que la masa, por efecto de esos medios artificiosos, se deje inflamar con tan insensato fervor y hasta el sacrificio de la vida? Sólo veo esta respuesta: El hombre lleva en sí mismo una necesidad de odio y de destrucción. En tiempos normales tal disposición existe en estado latente; sólo se manifiesta en circunstancias extraordinarias. Pero también puede despertársela con cierta facilidad y degenerar en psicosis colectiva. A mi juicio, es ésta la clave de todo el complejo de factores que venimos considerando, el enigma que sólo el conocedor de los instintos humanos puede resolver.

Llegamos así a una última pregunta: ¿Existe la posibilidad de dirigir el desarrollo psíquico del hombre de manera que pueda estar mejor armado contra las psicosis de odio y de destrucción? En modo alguno me refiero aquí a las masas llamadas incultas. La experiencia demuestra que es más bien la llamada "Intelligentsia" la que resulta más fácil presa de las funestas sugerencias colectivas, ya que el intelectual no suele tener contacto directo con la experiencia vivida sino que encuentra ésta en su forma más fácil y sintética: el papel impreso.

Para terminar, he aquí otra consideración: Hasta ahora sólo he hablado de la guerra entre estados o, dicho de otro modo, de los conflictos internacionales. No ignoro que la agresividad humana se manifiesta también en otras formas y en distintas condiciones (por ejemplo, la guerra civil—que en otros tiempos tenía móviles religiosos y hoy los tiene sociales—, la persecución de las minorías nacionales...). Pero he insistido deliberadamente en la forma más típica, más cruel y más desenfrenada de conflicto porque es partiendo de esa forma como podrán encontrarse los medios para evitar los conflictos armados...

Reciba mis más cordiales saludos.

Albert Einstein

Texto © copyright Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, 1933. Prohibida la reproducción.

Una cultura en ruinas

por Frederic V. Grunfeld

He escrito en parte este libro (véase la nota biográfica.N.D.L.R.) para ofrecer a los lectores un vislumbre de lo que se perdió con el derrumbamiento de la República de Weimar y de cuanto quedó a menudo hundido en el olvido. Quienes no conozcan minuciosamente las artes de Alemania difícilmente podrán comprender la magnitud del desastre.

Texto © copyright 1979, 1980 Frederic V. Grunfeld.
Prohibida la reproducción

LA política racial del Tercer Reich se aplicó con idéntica ferocidad a los ortodoxos y a los asimilados, a los banqueros y a los mendigos, a los premios Nobel, a los empleados de oficina y a los escolares, al presidente de la Academia, profesor Liebermann, y a la campeona alemana de esgrima Helene Meyer (popularmente conocida por el sobrenombre de *die blonde He*), que ganó para Alemania dos medallas olímpicas y a los 100.000 veteranos judíos, muchos de ellos heridos o mutilados, que combatieron por Alemania durante la Primera Guerra Mundial y que ganaron sus 35.000 cruces de hierro con tanta bravura como sus otros conciudadanos.

Al mismo tiempo los nazis se dedicaron a destruir deliberadamente todo cuanto recordase a la República de Weimar. Durante los primeros años del régimen el mundo hubo de presenciar el insólito espectáculo del suicidio cultural absolutamente consciente de toda una nación. En medio del frenesí generalizado por seguir las huellas del Führer el simple hecho de poseer un intelecto resultaba sospechoso, y la prensa nazi denunciaba a los "arios" que se empeñaban en ejercitarlo como *weisse Juden* (judíos blancos). Según decía una popular canción nazi:

*Intellektueller, du Wort mit dem jüdisch grellen Schein,
Ein rechter deutscher Mann kann nie ein Intellektueller sein.*

(Intelectual: ¡qué judaica y chillona suena la palabra!, un verdadero alemán no puede ser nunca un intelectual).

Desde el principio el nazismo fue esencialmente una rebelión de los ignorantes, aunque en sus filas se introdujeran pronto miembros de la aristocracia; como revolución cultural su meta era nada menos que la aniquilación de la *intelligentsia* alemana. Parecía como si los primeros nazis tuvieran prisa en apoderarse de la maquinaria del estado para empezar a destruir obras de arte y a quemar libros. Y, en efecto, uno de los primeros actos oficiales del Partido, tras ganar las elecciones de Turingia en 1930, fue ordenar la destrucción de los frágiles y elegantes murales realizados por Oskar Schlemmer (artista de antecedentes impecablemente "arios") para el Bauhaus de Weimar. Y a los pocos meses de conquistar el gobierno central del Reich en 1933 conseguían paralizar la vida literaria de la nación, empobreciendo sus actividades teatrales y musicales y expulsando de sus museos todo el gran arte moderno desde Van Gogh y Picasso hasta Max Beckmann y Paul Klee.

Todo esto lo llevaron a cabo con aire de triunfo y de satisfacción y con un desdén total por las consecuencias prácticas. Más de mil profesores "no arios" de universidades e institutos técnicos perdieron su puesto en la primera ola de persecuciones. Cuando el ministro de educación nazi, Rust, le preguntó jovialmente al profesor David Hilbert, del famoso Instituto Matemático de Gotinga, como marchaban las matemáticas en la ciudad, la lacónica respuesta fue: "Pero, Herr Minister, ¡en Gotinga no queda ni aso-

mo de matemáticas!". Una exposición ambulante que por la misma época recorría las escuelas alemanas incluía una fotografía de Einstein en uno de esos bandos con el "Se busca" utilizados para perseguir a los delincuentes, presentándole como un exiliado subversivo que seguía en libertad y "aun no ahorcado". Un escritor alemán de la posguerra, al evaluar los daños causados por la política nazi al estamento científico de la nación, calificaba el resultado con la desconsolada expresión *die emigrierte Bombe*.

En total, unas 360.000 personas —un poco más de la mitad de la comunidad judía de Alemania— pudieron huir del país mientras el camino del exilio estuvo abierto; en cuanto a los que se quedaron, prácticamente todos fueron exterminados. Los intelectuales refugiados representaban sólo un pequeño porcentaje del total; aun así, el suyo fue el más importante éxodo intelectual de la historia. Entre esos exiliados figuraban incontables intelectuales no judíos que decidieron no someterse a la tiranía hitleriana: Heinrich y Thomas Mann, por ejemplo, o el dramaturgo y ex oficial de caballería Fritz von Unruh, el poeta Max Hermann-Neisse, el novelista austriaco Robert Musil, el también novelista Erich Maria Remarque y el escritor bávaro Oskar Maria Graf, que había respondido a la quema de libros por los nazis con una carta abierta pidiendo: "¡Quemad también mis libros!". A ellos se unieron en voluntario exilio músicos como los hermanos Fritz y Adolf Busch y los compositores Paul Hindemith y Ernst Krenek,

"El vasto sistema de los campos de concentración servía para aniquilar en masa a la población de las naciones ocupadas. En el Reich y en los países ocupados los nazis crearon 6.900 campos de distintos tipos —entre ellos, en el territorio polaco, el campo de concentración de Auschwitz, donde perecieron cuatro millones de personas, y el de Majdanek, con 360.000 víctimas—. Aparte los asesinatos en masa, como ocurría en Auschwitz-Birkenau donde convoyes enteros de prisioneros eran dirigidos directamente a las cámaras de gas, se utilizaba también el hambre como medio de exterminación. A los detenidos se les daba una alimentación de unas 700 calorías diarias, lo que, junto con el durísimo trabajo manual a que estaban sometidos, originaba su degradación biológica. De ahí que la duración media de la vida de los detenidos en el campo de concentración apenas alcanzara los seis meses".

Piotr Matusak (Polonia)

El tristemente célebre campo de concentración nazi de Auschwitz-Birkenau (Oswiecim-Brzezinka), en el sur de Polonia. Hoy se halla instalado en él el Museo Estatal de Oswiecim fundado en 1946 como monumento a la memoria de las víctimas del terror nazi que allí perecieron durante la Segunda Guerra Mundial.



Foto © Comité para la Historia de la Segunda Guerra Mundial, París



los arquitectos Walter Gropius y Ludwig Mies van der Rohe y los pintores Max Beckmann, Kurt Schwitters y Paul Klee. La actitud de todos ellos la resumió el compositor Bela Bartok, que huyó de Hungría a Estados Unidos al ver como los nazis se apoderaban de los territorios del viejo imperio de los Habsburgo: "Si alguien se queda aquí, teniendo la posibilidad de marcharse, puede decirse que asiente tácitamente a cuanto aquí está sucediendo".

Por razones comprensibles, algunos poetas menores se quedaron en Alemania aplaudiendo el éxodo. "Nuestro trigo está siendo trillado en la era de la literatura", declaraba el poeta neorromántico Börries von Münchhausen (lo que era muy propio de un descendiente del célebre y mentiroso Barón Münchhausen). "¿Qué importa que, al separar la paja, se pierdan unos cuantos granos dorados? Alemania, corazón del mundo, es pródiga, como todos los auténticos corazones; violentamente, a la manera de Sigfrido, late su pulso." La verdad es que toda la cosecha la echaron los nazis por la ventana. Como decía Dorothy Thompson a sus lectores norteamericanos, "prácticamente todos los que ante la opinión mundial constituían la base de la llamada cultura alemana antes de 1933 son ahora refugiados". Pero el calibre del desastre no pudo comprobarse plenamente hasta después de terminada la guerra. "La literatura alemana ha quedado tan mutilada que no le es posible reconocer su propio estado", escribía Walter Muschg, que había contemplado "la destrucción de la literatura alemana" desde el santuario neutral de Suiza. Los años de nazismo habían apagado la chispa vital. "Desde entonces Alemania ha dejado de poseer una gran literatura. Cuando terminó el terror el país permaneció silencioso".

En esos años toda una generación de escritores fue "enterrada viva", sus libros fueron destruidos, sus nombres borrados de las bibliotecas. En el exilio, si no eran ya internacionalmente conocidos como Thomas Mann, perdieron sus lectores y la posibilidad de ganarse la vida con su lengua materna; sólo unos cuantos entre los autores más jóvenes, capaces de cambiar de lengua lite-

raria de un golpe, pudieron continuar viviendo de lo que escribían. En cuanto a la Alemania de la posguerra, por toda una serie de razones, tardó mucho en poder asumir sus incómodos e inquietantes fantasmas de los años 20 y 30. Lo que quedaba era una "literatura de los muertos", como señalara Muschg, "o más bien de quienes murieron demasiado pronto, de aquellos que fueron negados y olvidados. Existe una gran literatura alemana moderna, pero yace enterrada bajo las ruinas."

Pero, además de material para una tragedia, esta historia contiene también los ingredientes de una epopeya; en efecto, la más aterradora odisea de los tiempos modernos tuvo en casi todas sus etapas poetas y cronistas que dejaron desgarradora constancia de su lucha por seguir siendo humanos en un mundo asesino en el que la muerte, según la frase de Paul Celan, se había convertido en "un maestro artesano de Alemania" —*der Tod ist ein Meister aus Deutschland*.

Esa epopeya, me temo, no tuvo una satisfactoria conclusión moral: como prueba de lo que el hombre puede soportar resulta menos significativa que el proceso de Joseph K. en la famosa novela de Kafka. Curiosamente, una de las primeras víctimas, asesinada, del terror nazi fue el escritor existencialista Theodor Lessing, cuya obra más importante, *Geschichte als Sinngebung des Sinnlosen*, expone la idea de que escribir la historia es el arte de prestar sentido a acontecimientos que, en la realidad auténtica, carecen completamente de él. Si queremos encontrar un sentido en la tragedia de los judíos de Alemania, me temo que la única lección que cabe sacar de ella es que en la inacabable confrontación entre la cabeza y la cachiporra, esta última suele ganar la partida, al menos a corto plazo. Como afirmaba por aquella época el poeta filósofo Salomo Friedländer, que se puso el seudónimo de Mynona (*anonym* —anónimo— leído al revés): "Cualquier loco puede meterle una bala al más brillante de los cerebros". □

FREDERIC V. GRUNFELD, historiador norteamericano, ha escrito varios libros, entre ellos *The Hitler File*, una historia social del nazismo, y *Prophets without Honour*, del que está tomado el presente artículo.

El 10 de mayo de 1933 un desfile de estudiantes con antorchas, cuidadosamente organizado por el ministro de propaganda nazi Joseph Goebbels, recorrió la avenida de Unter den Linden hasta llegar a una plaza frente a la Universidad de Berlín en medio de la cual se habían amontonado enorme cantidad de libros. Los manifestantes prendieron la pila con sus antorchas y más de 20.000 volúmenes se convirtieron en llamas y humo en el mayor auto de fe que hayan conocido los tiempos modernos. Entre los autores de los libros destruidos figuraban Thomas y Heinrich Mann, Leon Feuchtwanger, Erich Maria Remarque, Albert Einstein, Jack London, H.G. Wells, Freud, Gide, Zola y Proust.

El pediatra, educador y escritor polaco Janusz Korczak (1878-1942) dedicó la mayor parte de su vida a escribir obras para los niños y acerca de ellos y a ocuparse de su bienestar, particularmente como director del orfanato de Varsovia donde puso en práctica métodos pedagógicos muy avanzados para su época (véase *El Correo de la Unesco de junio de 1979*). En octubre de 1940 se trasladó su orfanato al recién construido gueto de Varsovia. Dos años más tarde Korczak moría en el campo de exterminio de Treblinka a donde fue deportado junto con los huérfanos a quienes se negó a abandonar pese a las garantías de seguridad personal que se le ofrecieron. La Unesco ha publicado en francés una selección de sus escritos dentro de su programa de traducciones de literatura. En la foto, Korczak con algunos de sus alumnos del orfanato.



La Resistencia en la gruta del arte

Escondite de armas en Lascaux

por André Malraux

El texto que ofrecemos en estas páginas está tomado de Antimemorias, libro autobiográfico de André Malraux publicado en 1967. El célebre escritor y político francés (1901-1976) evoca en él, sobre todo, su experiencia de resistente. Con el nombre de "coronel Berger" fue jefe del maquis de Lot-et-Garonne y de Corrèze. Tras desempeñar un papel activo en la Resistencia, participó en las campañas de Alsacia y de Alemania al mando de la brigada "Alsace-Lorraine".

Texto © copyright. Prohibida la reproducción

A comienzos de 1944 inspeccioné por primera vez los escondites de todos nuestros *maquis* (guerrilleros franceses antialemanes). En algunos se guardaban las armas destinadas a los voluntarios que vendrían a unirse a nosotros al anunciarse el desembarco. En el Perigord abundan las grutas; utilizando las escalas de hierro por las que poco tiempo antes subían los turistas, subíamos también nosotros hasta los alvéolos, contiguos como los palcos de un teatro magdalenense, en busca de nuestro material oculto. Pero la mayor de las grutas de Montignac era subterránea y el escondite se hallaba alejado de la entrada. Ibamos provistos de potentes linternas eléctricas, pues ya se había hecho de noche y algunos habían perecido en la gruta por extraviarse. La entrada era tan estrecha que ya sólo podíamos pasar de lado. El corredor giraba en ángulo recto. En la roca que parecía cerrarnos el paso se veía un dibujo de grandes

dimensiones. Lo tomé por una señal de nuestros guías y enfoqué hacia él el haz de luz de mi linterna. Era una auténtica maraña de bisontes.

En Font-de-Gaume las pinturas prehistóricas se habían difuminado. En cambio, estos bisontes marcaban la roca como si fueran un sello, con una nitidez tanto más singular cuanto que las paredes eran enormes piedras lisas, ora redondeadas, ora cóncavas, no como rocas sino como órganos. Esta serie de intestinos petrificados por los que nos deslizábamos, pues en la falla no se habían formado salas, eran como las entrañas de la tierra. Aunque ahora no lo fuera, el bisonte había representado tal vez una señal unos veinte mil años antes. Cualquiera caverna subterránea suscita angustia en el ánimo por miedo a un derrumbamiento que pueda enterrar vivos a los que hasta allí se han aventurado. No es la muerte sino la tumba; y el bisonte prestaba a aquella

La prensa clandestina desempeñó un papel de gran importancia en la resistencia francesa contra los ocupantes nazis. A más de su labor de información, denunciaba el saqueo económico del país y la militarización de los trabajadores y daba a conocer las hazañas de los patriotas y el rigor de la represión nazi. En 1943 se imprimían unas 1.000 publicaciones clandestinas con una tirada total de dos millones de ejemplares. De ellas iban a nacer muchos de los periódicos de la prensa francesa de postguerra.



Foto © Edimedia, París

Dispersa al comienzo, la resistencia francesa fue adquiriendo mayor amplitud y organización entre 1940 y 1944. Las unidades que luchaban contra la ocupación nazi y que pertenecían a grupos muy diversos, formaron a comienzos de 1944 las Fuerzas Francesas del Interior (F.F.I.) cuya acción iba a coordinarse con las operaciones de los Aliados. A juicio del general Eisenhower, la participación de las F.F.I. y de la Resistencia en la gran batalla que terminó con la expulsión de Francia de los nazis tuvo una eficacia equivalente a la de 15 divisiones. En la foto, dos miembros de las F.F.I. suministran informaciones a unos soldados aliados durante su avance por la Bretaña francesa tras el desembarco de 1944 en las costas de Normandía.



Foto © Edimedia, París

tumba un alma enigmática, como si hubiera vuelto a levantarse de la tierra inmemorial para guiarnos. Por encima de nuestras cabezas pasaban quizá las patrullas alemanas; nosotros caminábamos hacia nuestras armas y los bisontes corrían por la piedra desde hacía doscientos siglos. La falla se ensanchaba y se ramificaba. Nuestras linternas no conseguían iluminar aquellas simas: su haz de luz nos guiaba por ellas como el bastón guía al ciego. Sólo vislumbrábamos la roca por las porciones claras y brillantes de las paredes que nos rodeaban. En cada falla la luz de la linterna nos mostraba otra falla, hasta el corazón mismo de la tierra. Aquella oscuridad no se confundía con la noche; pertenecía a unas grietas tan herméticas como abierto es el cielo y que se sucedían hasta el infinito, produciendo una angustia creciente porque parecían haber sido hechas a propósito. Mis compañeros habían dejado de hablar: sólo cuchicheaban. Después, un corredor tan estrecho que podían abarcarlo los círculos de luz de nuestras linternas y por el que tuvimos que agacharnos para pasar, conducía a una hendidura de unos treinta metros de longitud por doce de anchura. Los guías se detuvieron y todos los haces de luz convergieron en un punto: sobre varios paracaídas de color rojo y azul extendidos se veían cajas y más cajas; semejantes a dos animales de una era futura, dos ametralladoras en su respectivo trípode como dos gatos egipcios apoyados en sus patas delanteras vigilaban las cajas. En la bóveda, ahora perfectamente visible, varios inmensos animales astados.

El lugar tuvo seguramente carácter sagrado, y aun lo tenía, no sólo por el espíritu de las cavernas sino también porque un incomprendible vínculo unía a aquellos bisontes, toros y caballos (otros quedaban fuera del círculo de luz) y aquellas cajas que parecían haber llegado allí por sí mismas, custodiadas por las ametralladoras que nos apuntaban. Por la bóveda cubierta por una especie de salitre corrían magníficos y sombríos los animales, arrastrados por el movimiento de nuestros círculos de luz, como un vuelo de emblemas heráldicos. Mi vecino levantó la tapa de una caja llena de municiones y, al soltarla, su linterna proyectó sobre la bóveda una sombra gigantesca. Igual de gigantesca debieron de ser las sombras de los cazadores de bisontes de otra edad cuando las proyectaba sobre la bóveda la llama de las antorchas de resina...

Utilizando una cuerda de nudos bajamos a un pozo no muy profundo en cuya pared se veía una forma humana elemental con cabeza de pájaro. Una pila de bazookas se derrumbó con un insólito tintineo que se perdió en las tinieblas. Después volvió el silencio, más vacío y más amenazador.

Al volver, la roca parecía simular aquí y allá animales amputados, igual que las viejas paredes simulan figuras humanas. Y volvimos a salir para encontrarnos con los arbolillos de la colina blanca de escarcha, el río Vézère, la oscuridad de la guerra en el confuso montículo de Montignac, las estrellas, la transparencia de la oscuridad terrestre.

—¿Le interesan las pinturas?— preguntó el guía—. Unos chicos las encontraron en septiembre de 1940 al entrar en busca de un perrillo. Son muy viejas, viejísimas. Vinieron varios científicos, pero después llegó el año 40, ¡figúrese!

Era Lascaux. □



Foto © Delegación Permanente de Yugoslavia en la Unesco

Destruida durante la guerra, la Biblioteca Nacional de Serbia, en Belgrado (arriba), fue reconstruida en 1974. Ese año se creó un comité de enlace entre ella y la Biblioteca Nacional de París para incitar a las demás bibliotecas francesas a donar libros a la institución recién reconstruida. Una de las personas que respondieron al llamamiento del comité fue el escritor y político francés André Malraux quien en junio de 1975 hizo donación a la Biblioteca Nacional de Serbia del manuscrito de su libro La cabeza de obsidiana. He aquí lo que escribía con tal ocasión:

“En las horas más sombrías de la última guerra, después de Varsovia, Rotterdam y Dunquerque..., Belgrado se sublevaba una mañana de primavera de 1941. Junto con todo su pueblo la capital yugoslava escogía la libertad... Las represalias consiguientes fueron proporcionales a la cólera que semejante insumisión desencadenó. Desde las primeras horas del bombardeo de la ciudad, iniciado sin declaración de guerra, fueron aniquiladas decenas de miles de vidas humanas y junto con ellas la Biblioteca, institución básica de cualquier cultura nacional. En recuerdo de tales acontecimientos he decidido confiar mi manuscrito a la Biblioteca Nacional de Serbia, hoy reconstruida. Veo en el destino de vuestra Biblioteca el destino de un pueblo para el cual cultura y libertad son inseparables. La dignidad humana, por la cual vuestro país ha pagado siempre un precio muy alto, sigue inspirando todavía su independencia.”

Los museos británicos se ocultan bajo tierra

por Harold Plenderleith

A quien no haya vivido nunca en medio de una guerra de cierta magnitud ni haya estado expuesto al peligro de destrucción por los bombardeos aéreos, la solución del problema que plantea la protección de los objetos puede parecerle sencilla: enterrarlos o, por lo menos, depositarlos en un sótano profundo o en una suerte de fortín al abrigo de cualquier peligro de impacto directo o de explosión. Sin embargo, tales soluciones están muy lejos de ser factibles, como pudo comprobar el Museo Británico cuando, durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), Londres se vio súbitamente amenazada por un inminente bombardeo en un ataque con zepelines.

En tal ocasión se decidió rápidamente convertir un tramo desafectado del ferrocarril metropolitano en depósito donde guardar a buen recaudo las obras de arte; el lugar se hallaba, en efecto, a considerable profundidad del suelo y convenientemente cerca del museo.

Pero cuando cesaron las hostilidades y las colecciones volvieron a su acostumbrado local, éstas se hallaban en tan deplorable estado que los medios disponibles para preservarlas y repararlas resultaron insuficientes e inadecuados. La solución consistió en crear un laboratorio químico para investigar las causas del deterioro, concebir y controlar la aplicación de métodos "seguros" de restauración y publicar sus resultados. Tal fue el origen del actual Laboratorio de Investigaciones del Museo Británico.

No hubo que ir muy lejos para encontrar las causas de la deterioración: se debía a la súbita y prolongada exposición de los objetos a un medio ambiente hostil. Cada uno de ellos había reaccionado diferentemente, según su estructura y los materiales de que estaba hecho, a las variaciones de las condiciones atmosféricas, de la temperatura y de la humedad relativa, a la ventilación inadecuada y a la contaminación del aire.

Hubo casos en que los objetos allí depositados contenían en sí mismos el germen de su propia destrucción. Insectos y parásitos habían deteriorado materiales tales como la madera, el papel, los tejidos y el cuero, destruyendo así libros y piezas etnográficas. Fueron comunes los casos de documentos,

dibujos y acuarelas manchados o descoloridos. Los microorganismos se alimentaron de los nutrientes que encontraban en el cuero y el bocací de las encuadernaciones de libros y la oscuridad y la humedad favorecieron su proliferación; la corrosión metálica fue resultado de la presencia de sales solubles, particularmente en los objetos provenientes de Egipto y de Mesopotamia.

Simultáneamente con su labor de diagnóstico y sus primeros tratamientos experimentales de los objetos, el laboratorio emprendió un estudio sobre la reproducción de los microorganismos en diferentes condiciones, con miras a definir en lo posible lo que pudiera considerarse como el medio ambiente "seguro" de un museo.

Dado que entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el comienzo de la segunda en Londres (1939) transcurrieron veinte años, se había dispuesto de tiempo suficiente para concebir soluciones a los problemas que plantean los entornos hostiles.

De inmediato se advirtió que gran parte de las más valiosas colecciones nacionales se encontraban en el centro de Londres y que estaban situadas demasiado cerca de las zonas de los objetivos para poder protegerlas. De ahí que fuera urgente concebir una política de descentralización, lo que entrañaba interminables visitas de inspección a localidades distantes de la capital, a fin de elaborar una lista de los lugares más adecuados. El embalaje y la carga de cajas en los sótanos de los museos eran sólo el comienzo de un largo viaje por carretera o ferrocarril desde su "hogar" hasta su nuevo destino, tarea nada fácil en aquellos días de graves congestiones del tráfico.

Se eligió a la Biblioteca Nacional de Gales, en Aberystwyth, como depositaria principal de los manuscritos y libros de mayor valor y funcionó admirablemente como tal. Pero el traslado de las colecciones de la National Gallery de Londres exigía cuidados especiales. En efecto, si por un lado el espesor de los cuadros es relativamente insignificante, lo que facilita su embalaje y transporte, por otro la pintura se deteriora fácil-

mente por la excesiva manipulación; de ahí que se conserven mejor si se los transporta colgados en las paredes interiores de las cajas o en soportes móviles de metal donde pueden inspeccionarse fácilmente. Los muebles, en cambio, requieren un espacio considerable y hay que transportarlos en cajas de listones transversales; los objetos pequeños de cualquier tipo deben colocarse en cajas limpias de polvo y de fácil acceso, lo que es esencial tanto para el estudio como para una inspección sistemática.

Con la terminación del plan brevemente expuesto arriba, no cabía duda alguna de que se habían hecho grandes progresos para evitar graves desastres a los tesoros nacionales, en el supuesto de que ni los museos de Londres, ni los de ningún otro lugar, irían jamás a ser escogidos como blancos de los bombardeos. Sin embargo, en 1940 hubo un momento de pánico cuando la catedral de Coventry fue destruida por las bombas enemigas. Ello anunció el advenimiento de las llamadas incursiones Baedeker (literalmente "guía de viajeros"), nombre que daba a entender que en adelante nada pondría coto a la destrucción de obras de arte.

Desde entonces se comenzó a pensar en la conveniencia de crear un gran depósito central. El problema era: ¿en dónde? Todos los lugares adecuados habían sido destruidos y correspondió a Winston Churchill resolver nuestro problema; en efecto, puso a nuestra disposición una inmensa gruta subterránea de piedra caliza, en Wiltshire, ideal desde todo punto de vista salvo que, por haber estado destinada alguna vez al cultivo de hongos, la humedad relativa del interior era del orden de ¡98 por ciento!

Tras largas y profundas discusiones de las diversas autoridades competentes y una vez que los ingenieros lograron descubrir la manera de impermeabilizar las paredes, el suelo y el techo, aceptamos agradecidos la gruta. Se la convirtió pues en depósito con una instalación de aire acondicionado dotada de generadores auxiliares de energía para los casos de interrupción de la corriente eléctrica. Así dispusimos en el curso de un año de

El 7 de septiembre de 1940 Hermann Goering lanzaba los bombarderos de la Luftwaffe contra Londres en un intento de quebrantar la moral y la voluntad de resistencia de la Gran Bretaña destruyendo su capital. En las dos primeras noches del ataque murieron unos 850 londinenses y otros 2.350 fueron heridos. El bombardeo de Londres y de otras ciudades, el "Blitz" como se le llamó popularmente, prosiguió casi sin interrupción hasta mayo de 1941. Los ataques contra la capital británica volvieron a producirse intermitentemente durante el resto de la guerra, intensificándose en 1944 con el lanzamiento de las V1 y V2, cohetes y aviones sin piloto. En la foto, Londres durante una incursión aérea en 1941.



Foto © Comité para la Historia de la Segunda Guerra Mundial, París



un depósito subterráneo ideal con una temperatura constante de 15 grados y una humedad relativa de 60 por ciento y bien iluminado de un extremo a otro. Su volumen total era de por lo menos 5.600 metros cúbicos, o sea suficiente para acoger la mayor parte de las colecciones ya descentralizadas del Museo Británico así como muebles, alfombras y otros objetos del Victoria and Albert Museum de Londres y colecciones menores de extraordinaria importancia provenientes de otras fuentes.

Para entonces se había evacuado ya la National Gallery, trasladando sus cuadros en embalajes especialmente concebidos para transportarlos por ferrocarril desde Trafalgar Square hasta una gran cantera de pizarra cerca de Blaenau Festiniog, en Gales. La cantera Manod, como se la llamaba, tenía altos techos abovedados y en su interior se pudo construir una serie de nichos, cada uno de ellos recubierto por una estructura de metal, a fin de protegerlos contra las posibles caídas de escombros del techo.

En Manod se hizo un descubrimiento importante: al elevar la temperatura del aire a 15 grados, la humedad relativa disminuía a 58 por ciento, o sea que se obtenían así prácticamente las condiciones ambientales óptimas para un museo; también se advirtió allí que resultaba mucho más barato el aire acondicionado que el procedimiento de secamiento por congelación que se empleaba en el Museo Británico trasladado a la gruta de Wiltshire. Llegó incluso a instalarse en la cantera de Manod un taller de restauraciones a fin de mantener las pinturas en excelentes condiciones, pero a medida que pasaba el tiempo se advirtió que el tratamiento de los cuadros era cada vez menos necesario. En efecto, pudo observarse, tanto en los lienzos como en los paneles pintados, las grandes ventajas que, por lo menos en lo que toca a la preservación de la pintura, representaba el empleo del aire acondicionado, ya que, como comentara el funcionario responsable del "museo" de Manod, "los cuadros se conservaron admirablemente y los problemas de resquebrajamiento y de avejigamiento de la pintura fueron allí mucho menores que los que siempre hubo en el local de Trafalgar Square".

Resultado de semejante experiencia fue la instalación de aire acondicionado en la National Gallery de Londres. Pese a los complejos procesos a que se sometió a los cuadros en la cantera de Manod no hubo un solo caso de deterioro de la pintura y la colec-

Valiosos objetos del Museo Británico son depositados a buen recaudo en un túnel del ferrocarril metropolitano de Londres.

ción volvió íntegra a Londres seis años y tres meses después del envío del primer cargamento a Gales.

Asimismo pudimos congratularnos de la protección de que gozaron en aquella época las colecciones del Museo Británico y del Victoria and Albert Museum.

Tal como iban las cosas, los edificios principales del Museo Británico de Londres fueron causa de la mayor inquietud debido a que seguía habiendo en ellos una enorme cantidad de libros. Manifiestamente era imposible trasladar a un lugar seguro unos diez millones de volúmenes. La tarea inmediata fue pues escoger en sus estanterías y vitrinas los de mayor valor, lo que era ya de por sí una tarea descomunal. En realidad, en Londres quedaron casi todos los libros contenidos en las cuatro grandes estanterías de acero, una de las cuales sufrió el impacto directo de lo que, al parecer, fue una gran bomba incendiaria, originándose así un incendio de proporciones importantes que sólo pudo ser dominado con la ayuda de brigadas de bomberos profesionales, muchas de las cuales debieron venir de lejos. Dado que cada una de las cuatro "alas" o secciones de tales estanterías estaba concebida para contener un millón de volúmenes, la pérdida fue inmensa, pero desde entonces la colección se ha rehecho, y con creces, gracias a donaciones del mundo entero, entre las cuales ocupan un lugar de importancia las provenientes de países que antes fueron enemigos nuestros.

Si cabe extraer alguna lección, de esta breve relación sobre un periodo trágico en la historia de nuestros museos, es la necesidad de hacer hincapié en la importancia capital que tiene la elaboración de planes detallados de protección de las obras de arte mucho antes de que se produzca la amenaza de una catástrofe. □

HAROLD PLENDERLEITH, británico, fue el primer director del Centro Internacional para la Conservación de Obras de Arte, creado por la Unesco en Roma, del que hoy es director honorario. Dirigió desde sus comienzos el Laboratorio de Investigaciones del Museo Británico y es uno de los miembros fundadores del Instituto Internacional para la Conservación de las Obras Históricas y Artísticas. Ha escrito numerosos libros y estudios sobre los problemas de la conservación.

EL ESCUDO AZUL Y BLANCO

"Muchas maravillas del mundo se han perdido en guerras y contiendas; la mejor suerte es la del que protege y preserva."

Goethe

La devastación causada por la Segunda Guerra Mundial puso de relieve, en un grado sin precedentes, la necesidad de un código internacional para la salvaguardia de las obras de arte en caso de guerra. Un jalón decisivo en este sentido fue la elaboración de la Convención Intergubernamental sobre la Protección de los Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado, firmada el 14 de mayo de 1954 en una conferencia convocada por la Unesco y celebrada en La Haya, Países Bajos. La Convención, cuyo emblema es un escudo azul y blanco, ha creado una suerte de Cruz Roja cultural gracias a la cual las obras de arte, los monumentos y los edificios históricos gozan del mismo tipo de protección que se presta a los hospitales, ambulancias y personal médico en tiempos de guerra. Hasta el 20 de enero del presente año de 1985, 73 países habían depositado en la Unesco los instrumentos de ratificación o de adhesión a la Convención.

La noche del 17 al 18 de septiembre de 1940 el Museo Británico estuvo a punto de ser destruido por una potente bomba de 1.000 kilos que cayó sobre él pero que, por fortuna, no estalló. El artefacto atravesó tres pisos de hormigón armado y terminó en los sótanos. De explotar, el edificio se hubiera derrumbado completamente. En la foto, la sección de estampas y dibujos del Museo tras el paso de la bomba que no llegó a estallar.



Fotos publicadas con autorización de los Trustees of the British Museum, Londres

El arte sitiado

El Hermitage de Leningrado bajo las bombas nazis

por Boris Piotrovski

UNOS días después de iniciado el ataque de la Alemania nazi contra la Unión Soviética estaba ya claro que el blanco principal de la ofensiva emprendida por una parte de los ejércitos enemigos era Leningrado, uno de los centros políticos, económicos y culturales más importantes de la URSS y cuna de la Revolución de Octubre. Desde ese momento se planteó el problema de la evacuación de sus habitantes, de sus bienes y, en primer lugar, de los tesoros del Hermitage, uno de los museos más importantes del mundo.

A los diez días de comenzada la guerra partía hacia el este en dirección a Sverdlovsk un primer convoy cargado con los objetos más preciosos, seguido con 20 días de intervalo por otro tren. De este modo se evacuaron en total 1.118.000 obras y objetos de arte. Pero aún quedaban muchas cosas por hacer en el museo mismo; en efecto,

había que poner a buen recaudo las colecciones que permanecían en el lugar y tomar medidas contra los incendios. De los muros colgaban los marcos vacíos como si fueran agujeros abiertos y el parqué quedó oculto bajo planchas de madera cubiertas de arena. En todas las salas se instalaron barriles de agua para combatir el fuego que pudieran producir las bombas incendiarias.

Preso entre las tenazas de un poderoso dispositivo militar, Leningrado se defendió contra el cerco enemigo durante 900 días. Más tarde se supo que los jefes nazis habían decidido destruir completamente la ciudad después de tomarla, porque a su juicio no representaba "ningún valor político o cultural", para lo cual la inundarían en su totalidad. De ahí que sus tropas recibieran la orden de rechazar toda oferta de rendición, "si se producía".

Pero tal cosa no sucedió: Leningrado nunca tuvo intención de rendirse. En las terribles condiciones del bloqueo y bajo el cruel fuego de la artillería y los bombardeos aéreos, los leningradenses no sólo supieron resistir sino que además lucharon con todas sus fuerzas para obtener la victoria.

La prueba más difícil que hubieron de so-

portar fue el hambre, situación que se agravó aun más con la llegada del frío y la escasez casi absoluta de combustibles. En el otoño de 1941 los obreros de las fábricas recibían sólo 250 gramos de pan al día, ración reducida a 125 gramos para las otras categorías de la población. Por lo demás, en la mayoría de los casos se trataba no de pan sino de diferentes sucedáneos. Gracias a los esfuerzos desplegados por los científicos de la ciudad se logró perfeccionar la producción de sustitutos alimentarios. A pesar de ello la hambruna se llevó 640.000 vidas.

Las muertes no se debieron sólo al hambre; hubo también muchas víctimas a consecuencia de los más de 100.000 bombas y 150.000 obuses lanzados sobre Leningrado, ciudad museo e importante centro histórico y cultural. En los subterráneos del Palacio de Invierno y del Hermitage, resistentes a toda prueba, se acondicionaron refugios donde vivían más de 2.000 personas entre hombres y mujeres, miembros del personal del museo junto a sus familiares, científicos, pintores y otros artistas.

El Hermitage fue alcanzado por dos bombas que causaron daños menores; en cambio, los disparos de los cañones de largo

Leningrado, 1941. Esculturas antiguas pertenecientes al Jardín de Verano de la ciudad son puestas a buen recaudo contra las bombas.



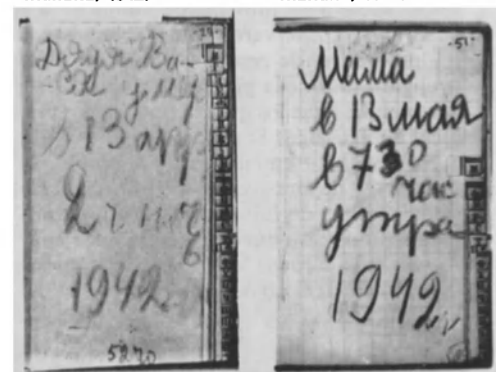
Foto © APN, Moscú



Foto © APN, Moscú

El tío Vasia murió el 13 de abril a las 2 de la mañana, 1942.

Mamá, el 13 de mayo a las 7.30 de la mañana, 1942.



alcance, más precisos, originaron serios destrozos: saltaron todos los vidrios y la nieve invadió las salas; también los techos y los cielos rasos sufrieron daños considerables. El célebre pórtico del Nuevo Hermitage con sus atlantes de granito recibió el impacto de un obús.

Pese a todo ello y a la muerte por hambre de 80 colaboradores del museo, los que quedaron vivos continuaron su trabajo junto al resto de la población. Se escribieron obras científicas y se organizaron reuniones y conferencias destinadas a celebrar las fechas más destacadas de la cultura de los pueblos de la URSS. En octubre de 1941 tuvo lugar en los helados aposentos del Hermitage una conferencia dedicada a conmemorar los 800 años del nacimiento del poeta azerbaiyano Nizami, y en el mes de diciembre de uno de los inviernos más rigurosos se conmemoraron también los 500 años de Navoi, fundador de la literatura uzbeqa. En esa ocasión intervinieron, en uniforme de campaña, los poetas Nikolai Tijonof y Vsevolod Rodestvenski a quienes se les concedió un día de permiso. En junio de 1942 se celebró la primera exposición de pintores de Leningrado consagrada a la defensa de su ciudad. Durante la guerra se organizaron cuatro exposiciones similares, lo que permitió a los leningradenses ver cerca de 6.000 obras de pintura, escultura y artes gráficas. En nuestra ciudad nunca cesaron las actividades culturales.

Los trabajos de restauración del Hermitage comenzaron antes de que acabara la guerra; a partir de noviembre de 1944 empezaron a exponerse en tres salas completamente renovadas del museo las obras de arte que no habían abandonado la ciudad durante el bloqueo.

El 8 de noviembre de 1945, tras la victoria, volvieron a abrirse 69 salas con todos los objetos evacuados, ahora reintegrados al museo. □

BORIS PIOTROVSKI, arqueólogo y orientalista soviético, es director del Museo del Hermitage de Leningrado. Es miembro de la Academia de Ciencias de la URSS y ha escrito numerosos estudios sobre historia y arqueología de Transcaucasia y el Oriente antiguo. Fue uno de los arqueólogos soviéticos que participaron en la campaña de la Unesco para salvar los monumentos de Nubia.

Durante los 900 días del sitio de Leningrado perecieron cerca de 700.000 hombres, mujeres, niños y ancianos a causa del frío, del hambre y de los bombardeos. Familias enteras fueron exterminadas. Una niña de 11 años, Tania Savicheva (a la izquierda), llevaba en su diario la cuenta de los muertos de su familia (abajo). Tania fue evacuada de la ciudad poco después pero, debilitada por el hambre, murió en 1943.

Sólo queda Tania.

Todos han muerto.

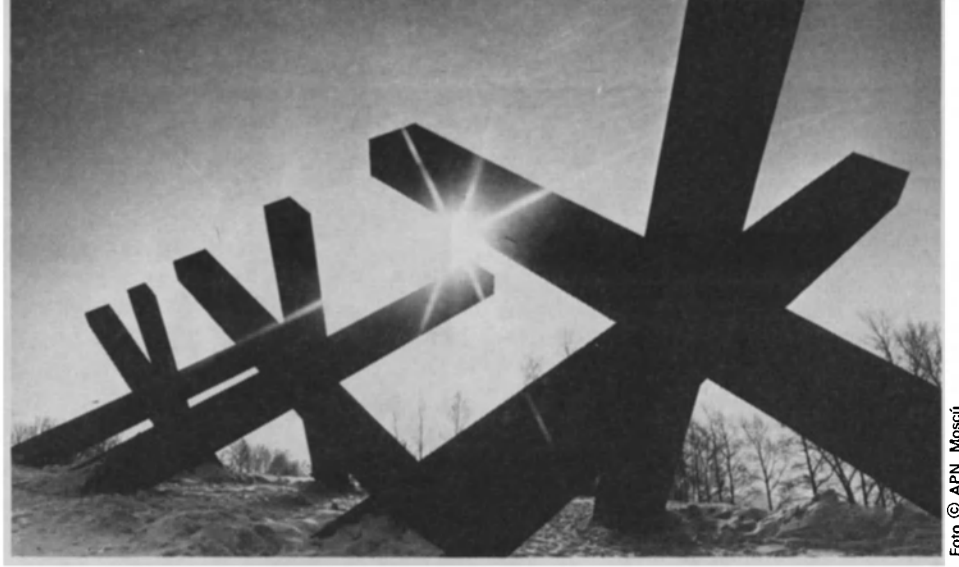


Foto © APN, Moscú

Estos estilizados obstáculos antitanques (llamados generalmente "erizos") construidos después de la guerra en Jimki, suburbio de Moscú, indican el punto hasta donde llegaron el 2 de diciembre de 1941 las tropas de reconocimiento de Hitler, límite del avance alemán hacia la capital soviética.

¿Puede salvarse todavía la civilización?

por Yuri Kirchin

EN sus últimos cinco mil años de historia la humanidad ha pasado ya por más de 14.000 guerras. Los fines de éstas han sido sobremanera diferentes. Los Estados recurrían a las armas para imponer su dominación política o económica, despojar o exterminar a poblaciones enteras, acelerar o frenar el desarrollo político, económico o espiritual de otras naciones. Con la fundación de los Estados centralizados se propagó considerablemente la práctica de la guerra cuyo desarrollo y desenlace influían en los procesos sociales: el invasor podía conquistar centros económicos, fuentes y mercados de materias primas, imponer condiciones de intercambios económicos y asegurar su dominación. También era frecuente que el poder político recurriera a las guerras de conquista para zanjar sus problemas internos y superar sus crisis nacionales.

Sin embargo, los reyes, emperadores o jefes de estado mayor que preparaban sus futuras campañas en el silencio de sus estancias reales, o los políticos en el barrullo de los debates parlamentarios, no dejaban de evaluar las ventajas y los inconvenientes de una guerra. ¿Ganaría el Estado más de lo que iba a perder? ¿Se justificarían los gastos que acarrearía la ocupación de otro Estado? ¿Qué precio habría que pagar por una hipotética victoria que bien podría resultar una victoria pírrica? Y ha sido frecuente que los políticos realistas comprendieran a tiempo que más les convenía un tratado de paz que la aventura de una guerra.

Hoy día, una guerra mundial y, a fortiori, una guerra nuclear no puede constituir un elemento de la política. Sustener lo contrario sería insensatez ya que la única respuesta eficaz a un ataque nuclear sería un contraataque nuclear. Dado que resultaría imposible circunscribir un conflicto nu-

clear, éste se propagaría casi de inmediato a todos los continentes, abarcando la tierra entera y comprometiendo la supervivencia misma de la humanidad. Queda pues claro que una agresión nuclear, cualesquiera que sean sus objetivos —militares, políticos o económicos— sería un error descomunal.

Pero aparte de estas consideraciones realistas hay un factor capital que ningún político tiene derecho a perder de vista un solo instante: los hombres, esos que mueren en todas las guerras, tanto en las grandes como en las pequeñas.

“Una casa ha sido destruida. Ha habido pocas víctimas: un muerto. Imagine que se trata de su hijo, de su mujer o de su padre. ¿Diría usted que ha habido pocos muertos? Esa única víctima era quizás para usted la única razón de existir.” Tales palabras del célebre dramaturgo soviético Serguei Obraztsov resumen todo el horror de la guerra.

Las 14.000 guerras que jalonan nuestra historia han costado la vida a cuatro mil millones de personas. Si nada se hace para evitarla, una tercera guerra mundial causará por sí sola el mismo número de víctimas. En las guerras del pasado los ejércitos se enfrentaban a otros ejércitos, los militares combatían contra otros militares. Pero las armas se han vuelto más mortíferas y afectan cada vez más a las poblaciones inocentes. La Primera Guerra Mundial causó diez millones de muertos, casi todos militares. La Segunda Guerra Mundial costó la vida de 50 millones de personas: una víctima civil por cada soldado caído en el frente. Una guerra mundial nuclear exterminará a la humanidad entera.

Si para la humanidad la guerra significa la muerte, los preparativos bélicos se asemejan a una grave enfermedad que afectará a ▶

“Cuando hablamos de la victoria, hablamos también de la experiencia actual, de capital importancia, a saber la colaboración entre los estados con estructuras diferentes, con sistemas sociales diferentes. La formación de la coalición antihitleriana tiene un valor muy instructivo. Los hombres de estado de la época, reconociendo que debían trabajar juntos para salvar a sus propios pueblos y a la humanidad entera, establecieron lo que se ha convertido en la medida de una política prudente y responsable.”

Vitali Korotich (RSS de Ucrania)

La cultura es uno de los objetivos predilectos de la guerra. A la derecha, el vestíbulo del Museo Shevchenko, en Cherni-gov, RSS de Ucrania, en 1944.

▶ todos sus órganos. En 1982 se gastaron en el mundo más 650.000 millones de dólares en armamentos, o sea una cantidad mayor que el ingreso total de un tercio de la humanidad que vive en los 50 países más pobres. Según el informe de la Comisión Independiente para el Desarme que preside Olof Palme, el hombre de estado sueco, bastaría con que las potencias nucleares disminuyeran en un 10% sus gastos de armamento para duplicar (como mínimo) la ayuda que se presta a los 31 países menos desarrollados.

No son sólo las naciones industrializadas las que participan en la carrera de armamentos: a los países en desarrollo, el 90% de cuyos habitantes viven en condiciones miserables, les corresponden las dos terceras partes del volumen del comercio internacional de armas. Y es precisamente en esos países donde han estallado en el curso de los últimos cuarenta años 130 conflictos armados que propenden cada vez más a internacionalizarse.

Mientras que en vísperas de la Primera Guerra Mundial había un solo foco de tensión —Europa— y en vísperas de la segunda —Europa y el Extremo Oriente—, actualmente se multiplican en el mundo los puntos neurálgicos y cada uno de ellos puede desencadenar una guerra mundial.

No existe pues objetivo más apremiante para la humanidad que contrarrestar el proceso que la pone en peligro, es decir limitar



Foto © APN, Moscú

y reducir la producción de armas, en suma salvar la civilización. Alejar el espectro de una guerra mundial significa dotarse de los medios necesarios para resolver los demás problemas esenciales — alimentarios, ecológicos, energéticos...—. Sólo la paz y la coexistencia pacífica entre estados de sistemas sociales diferentes pueden brindar a los habitantes de nuestro planeta perspectivas de porvenir.

En tal contexto, los objetivos de la lucha por la paz adquieren una dimensión diferente: se trata hoy día de la lucha por la continuidad de la especie humana.

La guerra mundial nuclear no es una fatalidad. Bien caducados están los tiempos en los que cualquier agresor podía decidir por su cuenta que se rompieran o no las hostilidades. Sin embargo, los preparativos de semejante guerra han ido demasiado lejos. De ahí que sólo se podrá evitar si el mundo entero se consagra plenamente a la defensa de la paz, haciendo cuanto sea necesario para salvar la civilización. Y el combate por la paz será verdaderamente mundial si todos los pueblos, independientemente de su siste-

ma socioeconómico, se entregan a él por sus propios medios.

Existen actualmente en algunos países generaciones enteras que no han conocido la paz. En ellos se nace en medio de los bombardeos, se aprende a leer y escribir en los refugios, se desplaza llevando siempre su fusil y se mantiene la mirada fija en el cielo donde puede aparecer a cada instante un avión enemigo. De la paz sólo saben lo que cuentan los abuelos. Mientras tanto, por primera vez en la historia, se han sucedido en Europa dos generaciones que sólo conocen la guerra a través de los libros y de las películas. El mérito de que durante cuarenta años el mundo no haya sido asolado por una conflagración general corresponde, en gran parte, a la Organización de las Naciones Unidas, creada precisamente para mantener la paz, fortalecer la seguridad y promover la cooperación entre los pueblos. Sin embargo, dada la situación actual, parece imprescindible que la ONU y la Unesco redoblen sus esfuerzos. Pues de no mostrarse capaz la humanidad de defender la paz hoy día, nadie quedará mañana para hablar de ella a las generaciones venideras en el caso poco probable de que éstas lleguen a existir. □

YURI KIRCHIN, filósofo soviético, está especializado en problemas de la paz y la guerra, tema en torno al cual ha escrito varios estudios. Es miembro de la redacción de la revista literaria y artística *Amistad entre los pueblos*.

Febrero de 1943: los habitantes de Stalingrado (hoy Volgogrado) retornan a su ciudad en ruinas. La victoria soviética en la batalla de Stalingrado, que duró del 17 de julio de 1942 al 2 de febrero de 1943, fue uno de los momentos cruciales de la Segunda Guerra Mundial. El día decisivo fue el 23 de noviembre de 1942, fecha en que dos grupos de ejército soviéticos, al ataque, se unieron cerca de Kalach completando el cerco de unos 330.000 soldados alemanes, los últimos de los cuales se rindieron el 2 de febrero de 1943. Durante la fase final de la batalla encontraron la muerte 200.000 soldados nazis y 91.000 cayeron prisioneros.



Foto © APN, Moscú

“Somos cinco en la casa paterna, escolares que han terminado el noveno o el décimo curso. ¿Qué hacer? La decisión es unánime: no viviremos de rodillas, hay que prepararse para el combate. Y todas las mañanas nos trasladamos a escondidas a los campos de batalla recientes para recoger armas. Pronto nuestras existencias son suficientes para poder armar a todo un destacamento. Nuestro grupo, al que se han ido uniendo poco a poco los jóvenes de la misma edad de aldeas vecinas, se convierte en el núcleo de un pequeño destacamento de guerrilleros. Tenemos que enfrentarnos con muchos problemas. La mayoría de los nuestros no entienden nada del manejo de las armas. Además, el invierno se acerca. Por tanto, ha habido que instalar refugios en el fondo del bosque. Cada día es para nosotros una nueva prueba. Son muchas las veces que nos quedamos sin comer dos días seguidos. Tras las largas marchas bajo la lluvia nos acostamos a veces mojados sin poder secarnos junto al fuego”.

Anatoli Stuk (RSS de Bielorrusia)



Foto © TASS, Moscú

Niños bajo las bombas. De acuerdo con las estadísticas oficiales del país, uno de cada cuatro habitantes de la RSS de Bielorrusia murió durante la guerra.

Los bosques y las ciénagas de Bielorrusia son un terreno ideal para la guerrilla que los habitantes del país supieron aprovechar debidamente. En 1943 había unos 375.000 guerrilleros que hostigaban a la retaguardia enemiga y tenían bajo su control el 60 por ciento del territorio bielorruso. En las filas de los guerrilleros figuraban personas de numerosos países que se habían escapado de los campos de prisioneros y de concentración nazis. A la derecha, miembros de un grupo guerrillero que operaba en la región de Minsk; de izquierda a derecha, Gerbert Dits, un alemán antinazi, Albert Barliche, francés, Alexander Kruchkov, ruso, y Grigori Ribalko, bielorruso.



Foto © E. Kontiche

Amarga cosecha. Estos fragmentos de proyectiles, bombas, minas, rifles, tanques y aviones fueron la “cosecha” de un agricultor soviético que preparaba su campo para la siembra; con ellos compuso esta escultura, como un trozo de fantástica maleza petrificada, que forma parte del inmenso monumento El campo de batalla erigido en memoria de los caídos en defensa de Stalingrado.



Foto © El Correo de la Unesco

La resistencia olvidada

LA historia de la resistencia a Hitler en el interior de la propia Alemania nazi ha caído en gran parte en el olvido. Para la mayoría de la gente la resistencia alemana se limita al fracasado atentado del 20 de julio de 1944. Sin embargo, ya desde 1937 la oposición a Hitler comenzaba a propagarse incluso entre algunos de sus seguidores iniciales. Entre los primeros resistentes figuraban personas como Carl Goerdeler, alcalde de Leipzig, quien se separó de los nazis en 1936 debido a su antisemitismo, y Ulrich von Hassell, ex embajador de Alemania en Roma, quien renunció al servicio diplomático a comienzos de 1938.

En su *Historia del Tercer Reich* William Shirer escribe: "Hubo otros, menos conocidos y en su mayoría jóvenes, que se opusieron a los nazis desde el comienzo y fueron creando poco a poco diversos grupos de resistencia. Entre los jefes intelectuales de uno de esos grupos cabe citar a Ewald von Kleist, hacendado, descendiente del gran poeta, quien colaboró estrechamente con Ernst Niekisch, ex socialdemócrata y director de *Widerstand* (Resistencia), y con Fabian von Schlabrendorff, un joven abogado (...). Hubo además entre ellos ex dirigentes sindicales como Julius Leber, Jakob Kaiser y Wilhelm Leuschner. Dos altos miembros de la Gestapo, Artur Nebe, jefe de la policía criminal, y Bernd Gisevius, joven oficial de policía, prestaron una ayuda valiosa a medida que se fraguaban las conspiraciones."

Entre los más conocidos opositores al régimen nazi se contaban el conde Helmuth von Moltke, quien organizó posteriormente un grupo de resistentes llamado "Círculo Kreisau"; el conde Albrecht Bernstorff; Freiherr Karl Ludwig von Guttenberg, director de una revista católica mensual; y el eminente pastor protestante Dietrich Bonhoeffer.

El primer militar de importancia que ingresó en la resistencia fue nada menos que el Jefe del Estado Mayor del Ejército, general Ludwig Beck. El 18 de agosto de 1938, no habiendo podido convencer a Hitler de que desistiera de sus planes contra Checoslovaquia, que

a su juicio podían conducir a una guerra general en Europa, renunció a su cargo pero continuó colaborando con la resistencia.

Esta contaba además con otros oficiales de alta graduación, entre ellos el general Erwin von Witzleben, comandante del distrito militar de Berlín; el general Franz Halder, que reemplazó a Beck en su puesto de Jefe del Estado Mayor; el general conde Erich von Brockdorff-Ahlefeld, comandante de la guarnición de Potsdam; y el general Erich Hoepner, comandante de una división blindada. Estos conspiradores proyectaban apoderarse de Hitler en cuanto diera la orden final de atacar a Checoslovaquia, pero la conspiración fracasó por la firma del acuerdo de Munich, el 29 de septiembre de aquel año de 1938.

Los resistentes no cesaron en sus propósitos. Hacia 1941 un número mayor de oficiales del más alto rango, entre los que se contaba el célebre general Henning von Tresckow, decepcionados de Hitler, concibieron planes para arrestarlo; pero éstos fueron desbaratados por las estrictas medidas de seguridad del Führer. La única solución factible parecía el asesinato.

En 1943 von Tresckow organizó varios atentados. Entre ellos cabe señalar el del 13 de marzo, cuando en el avión que conducía a Hitler de regreso de una conferencia en Smolensko a Alemania, se colocó una bomba en una caja con dos botellas de brandy. Pero el detonador no funcionó.

Tras este fracaso, el coronel Freiherr von Gersdorff se ofreció valientemente para llevar a cabo una misión suicida. El 21 de marzo de 1943 concurrió a una ceremonia en Memoria de los Héroes a la que asistían Hitler, Goering y Himmler, llevando ocultas en su gabán dos bombas de tiempo que debía graduar para que estallaran diez minutos después de comenzado el acto. Su plan consistía en mantenerse lo más cerca posible del Führer y hacerlas estallar, aunque en ello le iba también su propia vida. Pero Hitler, que en principio debía permanecer media hora en la ceremonia, sólo estuvo en ella ocho minutos. Posteriormente se realizaron otros atentados



Foto © Comisión para la Historia de la Segunda Guerra Mundial, París



Fotos © Keystone, París

Los muertos de la Segunda Guerra Mundial

Las estimaciones, siempre aproximadas, del total de pérdidas de vidas humanas varían entre 40 y 50 millones, teniendo en cuenta que murieron más o menos en igual proporción civiles y militares. En efecto, de 1938 a 1945 fueron movilizadas 92 millones de personas, mientras que en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), cuyas víctimas fueron en su mayoría militares, los movilizados ascendían a 68 millones. Semejante proporción de víctimas civiles en la Segunda Guerra Mundial se debe a dos características propias de ésta: la generalización de los bombardeos aéreos y, en particular, el exterminio físico (matanzas, cámaras de gas, etc.) de aproximadamente seis millones de judíos, así como de prisioneros soviéticos y gitanos, y el hambre, la guerra de guerrillas, las represalias, etc. Entre los países donde se cometieron semejantes atrocidades figuran en primer lugar, de acuerdo con estimaciones naturalmente imprecisas, los siguientes: Polonia, con unos 5,8 millones de muertos (de ellos sólo 300.000 militares), o sea el 15% de su población; la Unión Soviética, con cerca de 20 millones de muertos, siete millones de ellos civiles, o sea el 10% de su población; y Yugoslavia, con un millón y medio de muertos, 75% de ellos civiles.

Los Estados Unidos tuvieron 300.000 muertos, todos ellos militares; Gran Bretaña perdió 326.000 militares y 62.000 civiles; Francia, 205.000 militares y 400.000 civiles, 180.000 de éstos en los campos de deportación; Italia, 300.000, la mitad de ellos civiles; Alemania, 4,4 millones de militares (incluidos los austríacos), 3,5 millones de ellos en el frente soviético, y aproximadamente 500.000 civiles.

A estas cifras deben añadirse las siguientes: 88.000 de Bélgica, 20.000 de Bulgaria, 41.000 de Canadá, 90.000 de Finlandia, 160.000 de Grecia (20.000 de ellos militares), 430.000 de Hungría, 12.000 de Nueva Zelanda, 210.000 de los Países Bajos y 460.000 de Rumania, cifras éstas también aproximativas.

En cuanto al continente asiático, China habría perdido entre seis y ocho millones de personas y Japón tres, de ellas 600.000 civiles, incluidas las 150.000 víctimas de Hiroshima y de Nagasaki. Se ignoran las cifras correspondientes a los países ocupados por el Japón y a otros, como la India, afectados particularmente por el hambre.

con bombas pero todos fracasaron, incluso el primero que intentara, el 26 de diciembre de 1943, Klaus Philip Schenk, conde von Stauffenberg, quien iba a ser el héroe del célebre atentado con bomba de julio de 1944, que estuvo a punto de tener éxito. Aunque para entonces la guerra estaba ya perdida, los conspiradores continuaron hasta su última tentativa desesperada, inspirados por un conmovedor mensaje del general von Tresckow, que decía:

"Debemos probarle al mundo y a las generaciones venideras que los hombres del Movimiento Alemán de Resistencia se atrevieron a dar el paso decisivo, exponiendo con ello su vida. Frente a tal objetivo no cabe ninguna otra consideración."

Como todo el mundo se enteró después, Hitler, levemente herido, escapó por poco a la muerte. Y su respuesta fue rápida y atroz: hubo 7.000 detenciones y 4.980 personas fueron víctimas de las más horribles formas de muerte para calmar la cólera y el deseo de venganza del Führer.

Fueron muchos los que prefirieron suicidarse antes que hacer frente al horror del proceso y de las ejecuciones del "Tribunal del Pueblo". Entre ellos figuraba el general Henning von Tresckow. Al día siguiente del fracaso de aquel atentado, abandonó sus cuarteles del frente oriental y se mató con una granada de mano. Las últimas palabras que dirigió a sus ayudantes constituyen un epitafio digno de todos los alemanes que murieron en la resistencia contra la inhumana maquinaria nazi:

"Ahora se ensañarán contra nosotros y nos cubrirán de injurias. Pero estoy seguro, hoy como siempre, de que hicimos lo que debimos. Creo que Hitler es el enemigo supremo no sólo de Alemania sino, realmente, del mundo entero. Dentro de pocas horas me presentaré ante Dios y responderé tanto de mis actos como de lo que dejé de hacer. Creo poder asumir con la conciencia tranquila todo cuanto hice en la lucha contra Hitler. El valor moral de un hombre radica en su decisión de dar su vida por sus convicciones." □

"Del trabajo de mil años no quedan sino escombros": así describía Carl Goerdeler las zonas bombardeadas de Alemania occidental en una carta de julio de 1943 al mariscal de campo von Kluge, en la que el ex alcalde de Leipzig le pedía que se sumara a la resistencia alemana en sus esfuerzos por eliminar a Hitler. En el extremo izquierdo, las ruinas de Dresde; en el centro, las de Hamburgo; y abajo, las del Reichstag de Berlín.



(En lo que respecta al número de muertos de Australia véase la pág. 18).

“El ruido y la furia”

Foto © Keystone, París



1

Foto © Edimedia, París



5

Foto © Edimedia, París



2

Foto © Roger Viollet, París



3

Foto © Roger Viollet, París



4

1

“Tras el atentado contra Reinhard Heydrich realizado por los paracaidistas checos enviados desde Inglaterra, la resistencia en todo el país sufrió un duro golpe. El terror fascista redobló en intensidad. Fueron arrasadas las aldeas de Lidice y de Lezaky. Se fusiló a los hombres, se envió a las mujeres a los campos de concentración y los niños fueron germanizados. Bajo la ley marcial se detuvo a 3.188 checos, siendo ejecutados 1.357.

Jurij Krizek
Subdirector del Instituto
de Historia Checoslovaca y
Mundial de la Academia de
Ciencias Checoslovaca

En la foto, Praga muestra sus heridas de guerra en 1945.

2

En 1940 unos 400.000 judíos fueron hacinados en el gueto de Varsovia, sector superpoblado de la ciudad, rodeado por una alta muralla. Hacia la primavera de 1943 sólo sobrevivían 60.000 de ellos; los demás habían muerto de hambre o en los campos de exterminio. El 19 de abril de 1943 tuvo lugar en el gueto un heroico levantamiento que los nazis reprimieron tras una lucha de un mes, destruyendo por completo ese sector de la ciudad (foto). Muy pocos resistentes sobrevivieron.

3

El 7 de diciembre de 1941, dos días después del ataque aéreo a Pearl Harbour, las fuerzas japonesas desembarcaban en las Filipinas y hacia mayo de 1942 controlaban todo su territorio. Las tropas de Estados Unidos volvieron al archipiélago en octubre de 1944 pero tardaron cuatro meses en vencer la resistencia nipona. En la foto, la población civil filipina es evacuada de la zona bélica por soldados norteamericanos.

4

En 1942 las fuerzas japonesas ocuparon Nueva Bretaña, la mayor de las islas del archipiélago Bismarck (Pacífico sudoccidental), que en 1945 recuperarían las tropas de Australia, país bajo cuya tutela se encuentra hoy. Las bajas australianas durante la guerra fueron de 30.000 muertos y 65.000 heridos. En la foto, desembarco de víveres y pertrechos durante la operación de reconquista de la isla.

5

Fundado en 529 por San Benito de Nursia, el monasterio de Monte Cassino, al sureste de Roma, fue la cuna del movimiento monacal de Occidente. Durante la Segunda Guerra Mundial era un punto clave de la llamada “Línea Gustav”, creada en 1944 para detener el avance aliado sobre la capital de Italia. Durante cuatro meses de combates el monasterio resultó completamente destruido, siendo reconstruido después de la guerra según la vieja planta. Se salvaron sólo la biblioteca, los archivos y algunas pinturas, así como las famosas puertas de bronce del año 1066.

6

Buscando un improbable abrigo, una madre conduce a sus hijos a través de una ciudad belga. El 10 de mayo de 1940 Hitler lanzó sus tropas contra tres estados neutrales: los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo. El primero de ellos, sorprendido por el ataque súbito y feroz y ante la amenaza de que las ciudades de Rotterdam y Utrecht serían bombardeadas si continuaba la resistencia, se vio obligado a capitular cuatro días después. Tras una heroica batalla, Bélgica fue derrotada en una semana y el 27 de mayo de 1940 firmaba un armisticio con Alemania. Sin embargo, la resistencia clandestina contra los nazis continuó en los Países Bajos y en Bélgica mientras duró la guerra y muchos combatientes de ambos países lograron huir a Inglaterra para incorporarse a las Fuerzas Aliadas.



Foto © Keystone, París

6



Foto © Roger Viollet, París

7



Foto © Keystone, París

8



Foto © Keystone, París

9



Foto Robert Capa © Magnum, París

10

7

Uno de los rasgos más inhumanos de la guerra entre China y Japón (1931-1945) fue el bombardeo indiscriminado de las ciudades chinas, que se inició en serio en mayo de 1939. Entre los objetivos principales figuraba Chungking (foto), adonde se había trasladado el gobierno chino en 1937. Las pérdidas de China durante la guerra se calculan entre los 6 y los 8 millones de muertos.

8

Vehículos anfibios británicos transportan soldados y pertrechos a lo largo de una carretera entre Kleve y Nimega, en los Países Bajos. En esta última localidad y en Arnhem, pocos kilómetros más al norte, se lanzaron en 1944 tropas de paracaidistas norteamericanos, británicos y polacos. Para impedir su avance los nazis inundaron la región destruyendo el sistema de diques construidos a lo largo de los siglos para proteger esa región de tierras bajas.

9

En noviembre de 1942, tras la derrota de Rommel y del Afrikakorps alemán en la batalla de El Alamein y en un momento en que la batalla de Stalingrado llegaba a su apogeo, las tropas aliadas desembarcaban en lo que entonces era el Africa septentrional francesa, operación que representó uno de los puntos culminantes de la Segunda Guerra Mundial. Los Aliados entraron en Túnez y en Bizerta el 7 de mayo de 1943; cinco días después cesaba por completo la resistencia en Africa. En la operación capturaron más de 250.000 soldados además de ingentes cantidades de material bélico.

10

Hace cuarenta y un años, el 6 de junio de 1944, dos días después de que sus compañeros de armas conquistaran Roma, las tropas aliadas emprendían desde la Gran Bretaña la operación "Overlord", es decir la invasión de la Francia ocupada por los nazis. Los desembarcos se iniciaron al amanecer; al caer la noche habían tomado ya pie en las playas normandas 156.000 hombres. En pocos días la cabeza de puente quedó sólidamente establecida, con lo que se iniciaba la fase final de la victoria de los Aliados sobre el Tercer Reich de Hitler.

"Estábamos sentados en la trinchera y mirábamos hacia el mar. Cuando empezó a amanecer, vi barcos a través de la niebla. Y cuando ésta se levantó era como una ciudad. No se veía el agua entre los barcos. Era increíble: el espectáculo resultaba aterrador. Justo enfrente de nosotros aparecía una enorme nave, de la que empezaron a salir los GI (soldados norteamericanos)."

Heinrich Reverloh (soldado alemán de guarnición en una posición costera el 6 de junio de 1944)



Foto © Comisión para la Historia de la Segunda Guerra Mundial, París

Un camino abierto entre los escombros de Hiroshima.

Un calendario para la paz

por el venerable Gyotsu N. Sato

LA mayoría de los japoneses que tienen actualmente más de sesenta años recuerdan con gran amargura la Segunda Guerra Mundial. Recuerdan con dolor la pérdida de sus parientes y amigos y con pena, aunque tal vez con menos sufrimiento, la de sus bienes materiales más estimados y la destrucción de los valores que conformaban su cultura.

El inmenso poder de destrucción y de muerte inherente a la guerra, sea provocando una matanza súbita o infligiendo largos padecimientos a poblaciones enteras, ha alcanzado tales proporciones en estos cuarenta últimos años que puede alterar enteramente el marco social y natural de la vida humana hasta originar una ruptura irremediable del equilibrio ecológico del planeta.

Lo que algunos observadores avisados previeron ya, hasta cierto punto hace cua-

renta años se ha convertido hoy día en una pesadilla para todos.

La amplitud de las destrucciones tanto materiales como espirituales producidas por la Segunda Guerra Mundial, cuyas consecuencias fueron mayores que las de cualquier guerra precedente, hacen prever sufrimientos atroces y en proporciones incalculables en caso de estallar un conflicto en el porvenir. En vista de la magnitud de la ca-

En el pavimento de este puente de Hiroshima, la "sombra atómica" del cuerpo de un transeúnte dejada allí por la radiación nuclear. Se ha calculado que en Hiroshima el 60% de las víctimas se debieron a los rayos térmicos y al fuego, el 20% a heridas ocasionadas por la explosión y el 20% restante a trastornos originados por la radiación.

tástrofe que entrañaría una nueva guerra, nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, concebimos conjuntamente la posibilidad de que llegue una época en la cual la seguridad internacional no se base en una acumulación de armamentos, ni en la doctrina del alineamiento, ni en la superioridad estratégica, ni en el equilibrio siempre precario de la disuasión sino en el desarme. Tal noción, convertida en un histórico consenso de la humanidad, está consagrada en el documento final del periodo extraordinario de sesiones que la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicó al desarme en 1978.

A los japoneses nos resulta imposible olvidar, ni siquiera por un momento, las consecuencias de un irreflexivo experimento bélico de destrucción total de dos ciudades medianas, Hiroshima y Nagasaki, cada una



Foto © Comisión para la Historia de la Segunda Guerra Mundial, París

La emancipación de los hombres y de los pueblos

“La Segunda Guerra Mundial sometió a dura prueba no sólo a los países y a los pueblos sino también, en cierto modo, a todo el sistema de relaciones internacionales. La agresión fascista había puesto en peligro la existencia misma de las razas, de los Estados y de las naciones. Por ello la guerra contra el fascismo tuvo que rebasar el marco de las operaciones militares y condujo, gracias a la victoria, a la revisión de las relaciones internacionales basadas en la fuerza, en el colonialismo, en la desigualdad y en la sujeción de hombres y de pueblos. Los cambios que sobrevinieron, el más importante de los cuales es sin duda la revolución anticolonialista, se originaron en una nueva toma de conciencia por parte de la humanidad y en su negativa a vivir en el futuro tal como había vivido antes del conflicto.

“La creación de las Naciones Unidas iba a brindar nuevas posibilidades de emancipación a los hombres y a los pueblos.

“La lucha por la liberación que las naciones y las

nacionalidades yugoslavas sostuvieron durante la guerra contra el fascismo reviste un carácter particular que enorgullece con sobrada razón a mi pueblo. Se trató, en efecto, de una lucha de liberación contra el fascismo y al mismo tiempo de un acto de autodeterminación de nuestras naciones y nacionalidades, decididas a crear una comunidad nueva, a establecer entre ellas relaciones de tipo diferente, a fundar un sistema social distinto. Este se basaría en una ley fundamental que consagraría, por una parte, el derecho de cada nación y de cada nacionalidad a su más acabada identidad y a la plenitud política, económica y cultural; y, por otra, el derecho de cada uno no sólo a gozar de la libertad individual sino también a participar realmente, en un pie de igualdad, en la determinación autónoma de los destinos de una comunidad de pueblos y de hombres libres.”

*Kole Casule
(escritor yugoslavo)*

Una de las consecuencias principales de la Segunda Guerra Mundial fue la ampliación del concepto de descolonización. En los países ocupados por las potencias fascistas se había desarrollado un espíritu de resistencia que tuvo eco en otras colonias donde era cada vez mayor el número de patriotas que exigían la independen-

cia. Un hito importante en el movimiento anticolonialista fue la Conferencia Afroasiática de Bandung (Indonesia), celebrada en abril de 1955. Organizada por Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Paquistán, asistieron a ella delegados de 29 países que representaban más de la mitad de la población mundial. Abajo: a la derecha,

Chou En-lai, Primer Ministro de la República Popular de China, que desempeñó un papel importante en la Conferencia; a la izquierda, el Mahatma Gandhi, padre de la nación india, que predicó la resistencia sin violencia. Fue así como India alcanzó su independencia en 1947.



Foto © Roger Viollet, París



Foto Ernst Haas © Magnum, París

La Unesco: nacimiento de un ideal



Inmediatamente después de terminada la Segunda Guerra Mundial se creó la Unesco para que contribuyera a la paz y a la seguridad mundiales promoviendo la cooperación internacional en las esferas de la educación, la ciencia y la cultura. Cuando el 16 de noviembre de 1945 se aprobó en Londres su Constitución, ésta llevaba las firmas de los delegados de países de todos los continentes. Abajo a la izquierda, la portada de la Constitución (que entró en vigor el 4 de noviembre de 1946, al ser aprobada por 20 países). Se nombró luego una Comisión Preparatoria para que elaborara un proyecto del programa de la Organización. A la izquierda, una reunión (febrero de 1946) del Subcomité Técnico de esa Comisión sobre las Necesidades Educativas, Científicas y Culturales de las Regiones Devastadas. Abajo, Preámbulo de la Constitución de la Unesco.



Los gobiernos de los Estados Partes en la presente Constitución, en nombre de sus pueblos, declaran:

Que, puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz; Que en el curso de la historia la incomprensión mutua de los pueblos ha sido motivo de desconfianza y recelo entre las naciones y causa de que sus desacuerdos hayan degenerado en guerra con harta frecuencia;

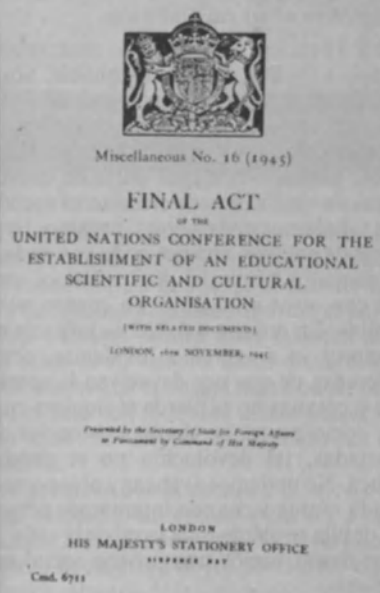
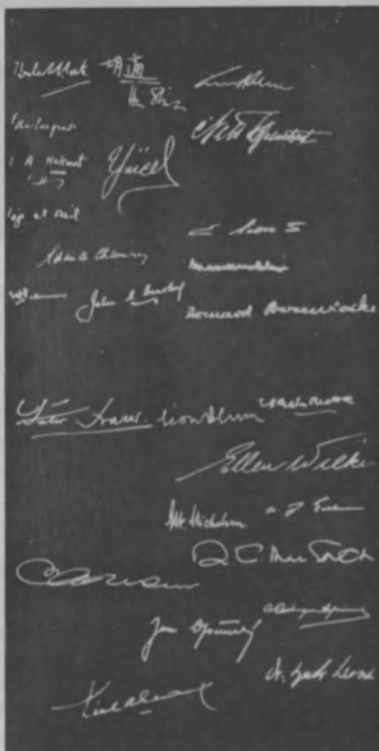
Que la grande y terrible guerra que acaba de terminar no hubiera sido posible sin la negación de los principios democráticos de la dignidad, la igualdad y el respeto mutuo de los hombres y sin la voluntad de sustituir tales principios, explotando los prejuicios y la ignorancia, por el dogma de la desigualdad de los hombres y de las razas;

Que la amplia difusión de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad y la paz son indispensables a la dignidad del hombre y constituyen un deber sagrado que todas las naciones han de cumplir con un espíritu de responsabilidad y de ayuda mutua;

Que una paz fundada exclusivamente en acuerdos políticos y económicos entre gobiernos no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos, y que, por consiguiente, esa paz debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

Por estas razones, los Estados Partes en la presente Constitución, persuadidos de la necesidad de asegurar a todos el pleno e igual acceso a la educación, la posibilidad de investigar libremente la verdad objetiva y el libre intercambio de ideas y de conocimientos, resuelven desarrollar e intensificar las relaciones entre sus pueblos, a fin de que éstos se comprendan mejor entre sí y adquieran un conocimiento más preciso y verdadero de sus respectivas vidas.

En consecuencia, crean por la presente la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, con el fin de alcanzar gradualmente, mediante la cooperación de las naciones del mundo en las esferas de la educación, de la ciencia y de la cultura, los objetivos de paz internacional y de bienestar general de la humanidad, para el logro de los cuales se han establecido las Naciones Unidas, como proclama su Carta.



Del pesimismo a la esperanza

por Lewis Thomas

HACE dos años sentí en el hondón del alma, como algo absolutamente cierto, que nos dirigiáramos derechos hacia la Tercera Guerra Mundial y que esa guerra podría realizarse a base de armas termonucleares. No tenía la menor idea de cuando estallaría ni de como, pero sí estaba seguro de que, más tarde o más temprano, estallaría.

A mi juicio el mundo había progresado mucho por el mismo derrotero prebélico que hubo de recorrer en el decenio anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando de repente, ante el asombro general, se puso a soplar entre las naciones un auténtico torbellino de locura, sin que nadie se diera cuenta por aquella época de lo que había ocurrido ni de lo que se avecinaba. Un derrotero semejante también al de los desatinados y fútiles años anteriores al estallido, más lento, de la Segunda Guerra Mundial. Para mí no existía la menor diferencia en punto a la conducta pública de hombres de estado y diplomáticos o a la constante y ciega acumulación de armamentos o al tono de las inquinas entre naciones.

Hace dos años mi más ferviente esperanza era no vivir para verlo.

Pensaba que ya se habían discutido con suficiente frecuencia y publicidad las razones que aconsejaban renunciar a las armas nucleares. Todo el mundo conocía las cifras pertinentes. Una vez leídas en los numerosos estudios analíticos publicados, las cifras más graves eran fáciles de recordar: 1.100 millones de seres humanos exterminados de golpe en un conflicto termonuclear entre las superpotencias y sus aliados. Y otros 1.100 millones de muertos a consecuencia de las secuelas de ese conflicto en las pocas semanas siguientes. En total, 2.200 millones de muertos, aproximadamente la mitad de la especie humana, la mayoría de ellos en los Estados Unidos, Europa, la Unión Soviética, China y Japón. La mayor parte de los hospitales desaparecerían, y lo mismo les ocurriría a los médicos, y los que sobrevivieran no podrían hacer nada para luchar contra el tipo de heridas producidas por tal especie de armas.

Y, sin embargo, todos los indicios parecían demostrar que nos estábamos preparando para una guerra de esa clase.

Naturalmente, todo el mundo afirma que no se utilizarán esas armas, que ni siquiera están concebidas para ser utilizadas. Su finalidad es impedir a la otra parte que las utilice contra nosotros. Son símbolos de fuerza, de voluntad, incluso de patriotismo, pero nada más. Y más recientemente hemos podido escuchar otros argumentos tranquilizadores al respecto. No os preocupéis, nos aseveran los técnicos, la ciencia las convertirá pronto en armas seguras. Los misiles que las transportan están siendo dotados de inteligencia artificial (ordenadores provistos

de mapas detallados de los objetivos señalados en el otro extremo del planeta) y de sistemas de dirección que les permiten estallar a unos cuantos metros del comandante en jefe de los ejércitos enemigos. Gracias a esos adelantos de la ciencia las bombas son ahora más pequeñas, más limpias y menos destructivas. Podemos hacer guerras a la vieja manera, delicadas y precisas, tan románticas como el singular combate a espada entre caballeros medievales. No os inquietéis por una supuesta evaporación de las ciudades, remachan los mismos. Pero después, en voz baja, añaden: "No obstante, debemos conservar a mano algunas de las gordas, por si las cosas marcharan mal". En resumen, más y más tecnología y nos salvaremos.

Pero yo no conozco una sola guerra en que las cosas no hayan marchado mal, en general pavorosamente mal. Tengo casi la certidumbre de que, si una nación hace uso de la bomba termonuclear, más tarde o más temprano ello desencadenará una utilización generalizada por todos, en una atmósfera de confusión total y de furia insensata.

La verdad del asunto es que existe un grupo importante e influyente de personas dotadas de alta inteligencia y buenos modos que están vigorosamente empeñadas en mantener los arsenales de armas nucleares y en mejorarlos hasta conseguir una superioridad militar absoluta. Estoy convencido de que son muchos los que desde zonas de poder expresan tales opiniones en todo el mundo. No es verdad que todos estén de acuerdo en cuanto al control de las armas y a su eventual reducción, aunque todos afirmen en público tener tal ambición.

La situación actual va a contrapelo y escapa a los límites de lo razonable. Sospecho que los seres humanos somos las criaturas más esencial, biológica y compulsivamente sociales del planeta. Como individuos, pasamos la mayor parte de nuestras horas de vigilia en esos menesteres sociales: nos saludamos unos a otros, pasamos largas horas de palique, vivimos codo con codo las veinticuatro horas del día, trabajamos amistad con otros semejantes en cuanto nos es posible. En nuestra más tierna infancia empezamos ya a sonreír a los demás, con la esperanza de que nos devuelvan la sonrisa, y la esperanza no se pierde ni siquiera cuando, como ocurre en ciertas existencias desgraciadas, tal devolución no se produce nunca. No podemos avanzar y prosperar sin ayuda mutua y cuando intentamos prescindir de ella se pierde toda la sal de la vida. No cabe duda: somos una especie social muy sociable.

Lo que necesitamos con urgencia es más sentido común, sobre todo sentido común colectivo. En particular, necesitamos una nueva panoplia de razones para renunciar a las armas nucleares.

Los dos círculos concéntricos dibujados en esta fotografía tomada durante una prueba de explosión nuclear muestran en toda su gravedad el enorme incremento de su potencial explosivo que han experimentado los arsenales del mundo desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. Si el círculo pequeño representara el conjunto de todos los explosivos empleados en esa guerra, el círculo grande representaría la magnitud de los arsenales nucleares actuales, integrados por armas cuya potencia explosiva total es de 20.000 megatonnes (un megatón equivale a un millón de toneladas de TNT), o sea el cuádruplo del mínimo que según los científicos bastaría, en caso de una guerra de ese tipo, para desencadenar el invierno nuclear y producir la aniquilación casi segura de la especie humana. Para tener una idea del cambio cualitativo en la capacidad de destrucción de los arsenales modernos baste señalar que una sola bomba termonuclear tiene una potencia mayor que la de todos los explosivos que se han empleado en todas las guerras desde la invención de la pólvora.

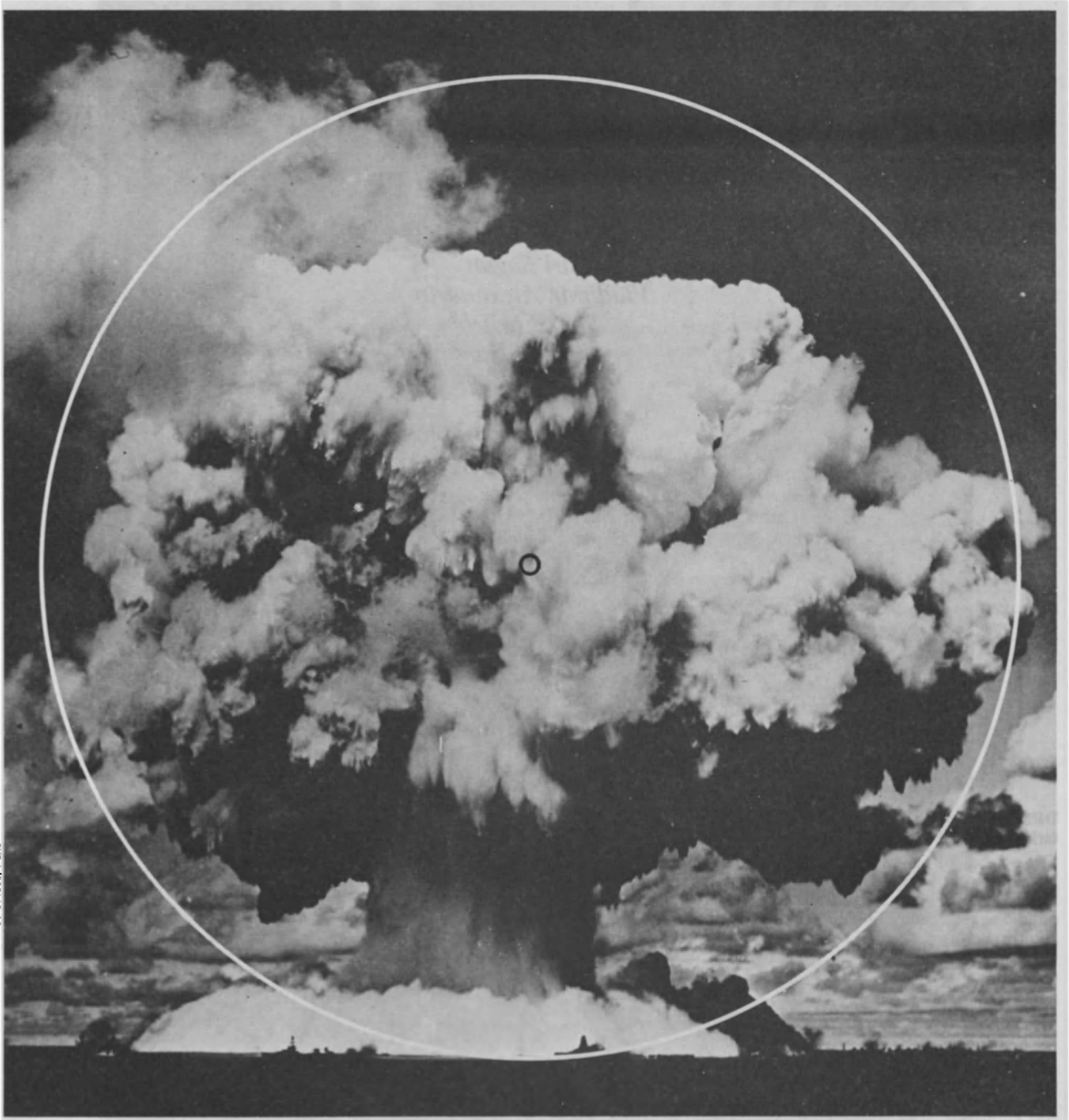
Creo que esa panoplia la tenemos, y eso es lo que me permite sentirme hoy lejos de mi desesperación de hace dos años y albergar cierto grado de esperanza respecto del futuro. No mucha, desde luego, y bastante condicionada y matizada, pero ¿qué esperanza no aceptaría yo en las circunstancias presentes?

Paradójicamente, la razón para ser optimista radica en el descubrimiento científico, del que se tuvo conciencia hace unos tres años, de que las armas nucleares son mucho peores, inconmensurablemente peores, de lo que hasta ahora se había pensado. La pavorosa historia del invierno nuclear es lo que fundamenta mi esperanza.

Aquí radica el meollo del asunto. Si el esquema resulta tan probable como parece, pero aun en el caso de que sólo sea posible, ello significa que ningún país podrá lanzar contra otro bombas en cantidad suficiente para que su importancia militar sea decisiva, sin correr el riesgo de ser destruido a su vez, aunque no se produzca un contrabombardeo. Las armas nucleares no son simplemente homicidas y genocidas. Lo extraordinario, el rasgo que cambia todo el panorama en lo que atañe a las negociaciones para el control y la limitación de esas armas, es que resultan pura y simplemente suicidas.

La cosa es desconcertantemente sencilla, tan sencilla que nadie comprende como no se pensó en ella hasta 35 años después de iniciada la era nuclear. Y todo ello viene del humo. Me explico.

La única manera de evitar la catástrofe sería evitar encender fuegos, particularmen-



te en las ciudades. Pero eso es justamente lo que las bombas nucleares tienen por cometido conseguir, para lo que sirven. Imaginemos una guerra nuclear que respete escrupulosamente ciudades y bosques, así como puertos para submarinos, fábricas de municiones, campos y refinerías de petróleo y de gas, ferrocarriles y cuarteles generales del ejército, quedando sólo como objetivos otras bombas termonucleares en remotos silos; sólo así cabe imaginar una guerra atómica sin riesgo de invierno nuclear, pero habría que imaginar que tal guerra empezaría y concluiría de esa manera, sin afectar a las ciudades. Dado lo que ya sabemos acerca de las demás guerras que hemos conocido en este siglo, me resulta difícil imaginar que ninguna nación, especialmente si está a punto de ser derrotada, se imponga a sí misma tan ascética y aséptica limitación. Si

un día estalla la guerra nuclear, entre sus objetivos se contarán las ciudades. Una sola diferencia: el país que lance suficiente número de bombas para hacer morder el polvo al país enemigo tendrá unos cuantos días para celebrar su victoria antes de verse envuelto a su vez en la misma negra nube, congelado junto con todos los demás países vecinos que no hayan intervenido en el conflicto.

Me asombra que la prensa y la televisión hayan prestado tan escasa atención a este esquema. Desde el principio debía de haber ocupado la cabecera de los periódicos o los primeros minutos de las informaciones televisadas y debiera seguir ocupándolos. Si las previsiones son exactas, o cereanas a la exactitud, la revelación del fenómeno del invierno nuclear quedará, creo, como uno de los grandes descubrimientos científicos de

este siglo, quizá, dada la importancia de lo que está en juego, el más importante de todos los siglos. Simplemente, los explosivos nucleares no pueden ser utilizados como armas de guerra, eso es todo.

En este punto reside lo esencial de mi "esperanza en la edad nuclear". No se trata de una esperanza para los seres humanos y para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, etc. Se trata de una esperanza para la Tierra. □

LEWIS THOMAS, norteamericano, es presidente honorario del Memorial Sloan-Kettering Cancer Center de Nueva York y profesor de la State University de la misma ciudad. Ha escrito numerosos libros sobre muy diversos temas ensayísticos, entre ellos cuestiones de biología y ecología.

El invierno nuclear

La guerra moderna acabaría con la vida en el planeta

por
Carl Sagan
Vladimir Alexandrov
Paul Ehrlich
Alexander Pavlov

A continuación publicamos fragmentos de la relación abreviada de una reunión sobre las consecuencias mundiales de la guerra nuclear celebrada en Washington el 8 de diciembre de 1983, bajo la presidencia de los senadores norteamericanos Edward Kennedy y Mark Hatfield y con los auspicios de la Nuclear Freeze Foundation (Fundación para la congelación de las armas nucleares). Los relatores principales de la reunión fueron cuatro científicos norteamericanos y otros tantos soviéticos: Carl Sagan, Vladimir V. Alexandrov, Paul Ehrlich, Alexander S. Pavlov, Jack Geiger, Serguei Kapitza, Lewis Thomas y Yevgueni P. Velijov. Los textos se publicaron anteriormente en Desarme, revista de las Naciones Unidas.

DR. CARL SAGAN, Director del Laboratorio de Estudios Planetarios de la Universidad de Cornell, EUA.

Los trabajos a que voy a referirme han sido realizados mancomunadamente por cuatro científicos —Richard Turco, Brian Toon, Thomas Ackerman y James Pollack—, además de yo mismo. Al estudio se le ha dado el nombre de TTAPS, por las iniciales de sus autores.

Nuestra idea era calcular, en función de una amplia gama de posibles esquemas de guerra nuclear, cuáles serían las consecuencias sobre el clima terrestre.

Para comenzar, voy a referirme a nuestra hipótesis de base, a saber una guerra nuclear en la que estallan bombas con un total de 5.000 megatonnes, lo que representa entre un tercio y la mitad del conjunto de los arsenales estratégicos de la Unión Soviética y de Estados Unidos y no constituye ni mucho menos la peor de las guerras nucleares imaginables.

Los resultados que aquí voy a exponer fueron estudiados en una reunión especial celebrada en Cambridge, Massachusetts, EUA, en abril de 1983 por cien especialistas de la cuestión. Otros ocho o diez grupos de todo el mundo han llevado a cabo estudios en el mismo sentido, entre ellos dos en la Unión Soviética. Otros estudios se han efectuado en Alemania, en Australia y en Estados Unidos (Centro Nacional de Investigaciones Atmosféricas, Laboratorio de Armas Lawrence Livermore, etc.). Y actualmente se inicia un nuevo estudio en Los Alamos.

Lo que ahora voy a exponer no es simplemente la conclusión de nuestro grupo. En efecto, los resultados a que han llegado los grupos antes mencionados son más o menos los mismos.

Deseo recalcar que existen divergencias en ciertos puntos menores. Por ejemplo, podemos tener una opinión diferente en cuanto a cuáles son los esquemas con más probabilidades de convertirse en realidad. Pero, como indicaré más adelante, las consecuencias resultan sorprendentemente independientes del tipo de guerra que se produzca, siempre que se supere un cierto número de megatonnes.

Y no es que intente en modo alguno afirmar que en este punto todo está ya dicho. Es aun mucho el trabajo que queda por hacer.

Los resultados a que aquí voy a referirme se basan en lo que se llama un modelo unidimensional en el que las minúsculas partículas se mueven libremente de un lado a otro según las leyes de la física pero en el que la propagación en latitud y en longitud no se realiza ni mucho menos con exactitud.

El Dr. Alexandrov hablará del primer modelo tridimensional soviético en el que se intenta describir la propagación cuantitativamente en latitud y en longitud. Sus resultados son en general bastante similares a los del Centro Nacional de Investigaciones Atmosféricas. También aquí parece producirse una notable convergencia de los resultados.

Así pues, consideremos la hipótesis básica de los 5.000 megatonnes a la que me refería antes; en esta hipótesis el ataque se dirige tanto contra las ciudades como contra objetivos compactos como los silos para misiles, de modo que el bombardeo producirá al mismo tiempo hollín y polvo fino.

La consecuencia inmediata de tal guerra —que normalmente tendría lugar en las latitudes medias del hemisferio norte— es que en la zona bombardeada el sol se velaría con el hollín y el polvo y el día se volvería noche. Al propagarse las finas partículas, primero en longitud y después en latitud, las cosas se vuelven más brillantes, pero al parecer en las mencionadas latitudes sólo quedaría aproximadamente el uno por ciento de la luz solar normal en un día despejado. Y, como explicará con más detalle el Dr. Ehrlich, tal fenómeno es ya de por sí sobremanera peligroso para la fotosíntesis de las plantas. Numerosas variedades vegetales del hemisferio norte (y, como expondré más adelante, también del hemisferio sur) se encontrarán en grave trance cuando el sol desaparezca hasta ese extremo. Desaparición que puede durar un lapso de tiempo importante, probablemente unos cuantos meses —o quizá mucho más.

Como la cantidad de luz solar que alcanzaría la superficie de la Tierra disminuiría drásticamente y como es esa luz solar la que calienta el suelo, el frío se instalaría en éste; en la hipótesis básica la disminución de la temperatura es muy importante, hasta alcanzar, según nuestros cálculos, más o menos los 23°C bajo cero. Estas serían las temperaturas continentales medias en el hemisferio norte, lejos de la costa; en las zonas litorales el frío intenso se vería atenua-



Foto Tadeusz Budzinski © World Environment Photo Contest — ONU/FAO

do un tanto por los océanos, que actúan como depósitos de calor. Ello significa que el gran número de plantas, de animales y de seres humanos expuestos morirían congelados.

Por otro lado, sabido es que en el incendio de un rascacielos, por ejemplo, muchas muertes se producen no por el fuego mismo sino por los gases tóxicos originados por la combustión de materias sintéticas, materiales aislantes, cortinas y otras cosas por el estilo. En el incendio de las grandes ciudades habría mucho de esto; se plantearía pues un grave problema más: la formación de una neblina o *smog* tóxico que se mantendría al nivel del suelo durante un largo periodo de tiempo.

Además, las finas partículas que velan la luz solar están cargadas de radioactividad, y en la medida en que detectamos el movimiento de esas partículas, detectamos también las lluvias radioactivas que se producirán a plazo medio. En casi todos los estudios anteriores se suponía que toda la radioactividad que no se depositaba inmediatamente en el suelo pasaba a la estratosfera, tardando mucho tiempo en caer hacia tierra, momento en el que ya había perdido buena parte de su efectividad. En cambio, a nosotros nos parece que son

muchas las finas partículas depositadas en la capa inferior de la atmósfera (o troposfera) que se precipitan más rápidamente. Las dosis de precipitación a plazo medio son considerablemente mayores, aproximadamente diez veces más importantes, que lo que solía pensarse hasta ahora.

Para dar una idea de esas cifras, en relación con nuestra hipótesis de base, algo así como el 30 por ciento de los territorios situados en las latitudes medias del hemisferio norte recibirían una dosis (en los casos en que el viento empuja las partículas radioactivas hacia los objetivos) de 250 rads aproximadamente, es decir casi la dosis media letal para los seres humanos no protegidos. La dosis de radioactividad a plazo medio originada lejos de los objetivos sería algo así como de 50 a 100 rads en todo el hemisferio norte. Con dosis como éstas el sistema de inmunización humana —nuestra capacidad de resistencia a la enfermedad— empieza a estar en situación comprometida. Esta última dosis a plazo medio representa una radiación mucho más grave de lo que se suponía hasta ahora.

Después que el hollín y el polvo quedan depositados, la luz solar llega de nuevo a la superficie de la Tierra y las cosas vuelven a calen- ▶



Perturbación de la vida urbana

Una semana después del estallido de la guerra, la cantidad de luz solar en la superficie de la Tierra puede reducirse a una mínima parte de la normal. Los sobrevivientes de las ciudades tendrán que soportar un frío extremado así como la falta de agua, de alimentos y de combustible y sufrirán las graves consecuencias de la radiación, de la contaminación y de las enfermedades; probablemente tratarán de abandonar las ciudades en busca de alimento.

► tarse. Esto ocurre muchos meses después —pongamos de seis a nueve meses, aunque el periodo puede ser mucho mayor—; en ese momento la situación puede volver hacia la normalidad.

Pero existe otro efecto negativo: la capa de ozono ha quedado desorganizada y revuelta como consecuencia de las tremendas explosiones, con lo cual una cantidad mucho mayor de luz ultravioleta (varias veces superior a la actual) penetra hasta la superficie terrestre. Ahora bien, esa luz es sobremanera peligrosa para los organismos; los ácidos nucleicos y las proteínas, las dos principales moléculas biológicas, son sensibles a la luz en las longitudes de ondas cercanas a la ultravioleta.

Ahora parece que también el hemisferio sur se vería casi con seguridad afectado por esos fenómenos. La idea tradicional que excluye tal cosa se deriva en parte de la localización de los restos de una sola explosión nuclear. Pero una sola explosión nuclear no puede proporcionar suficiente cantidad de finas partículas para calentar de manera importante la capa superior de la atmósfera y enfriar la superficie. Ahora bien, si lo que se produce no es una sino 10.000 explosiones, la cosa cambia totalmente. En tal caso las partículas finas absorben la luz solar en el hemisferio norte y la alta atmósfera se calienta enormemente. La diferencia de temperatura entre el hemisferio norte y el sur origina entonces un nuevo tipo de circulación atmosférica (punto sobre el cual tendrá más cosas que decir el Dr. Alexandrov), la cual transporta las partículas finas al sur del ecuador, llevando consigo hasta cierto punto el frío, la oscuridad y una parte de la radioactividad hasta el hemisferio sur. La idea de que en el planeta existan santuarios a los que poder huir en caso de guerra nuclear parece hoy gozar de muy escasa credibilidad.

En consecuencia, si consideramos el conjunto de todas estas consecuencias —la oscuridad, el frío, las toxinas químicas producidas por el fuego, las “lluvias” radioactivas, el aumento de la luz ultravioleta y la mundialización del fenómeno (quizá menos grave en el hemisferio sur)—, nos hallamos ante una situación nueva en la que la vida se ve amenazada en el planeta entero. Los biólogos avanzan incluso la posibilidad de que la guerra y el invierno nucleares produzcan la extinción de la especie humana.

Desearía recalcar que existe un nivel de conflicto por debajo del cual las armas nucleares no producirían la catástrofe climática que llamamos “invierno nuclear”, pero hay niveles en los cuales los arsenales de esas armas existentes hoy en el mundo, si se utilizaran, originarían el gran desastre. No sabemos exactamente donde se sitúa el umbral, la transición, pero parece manifestarse mucho más cercano que el que representan los actuales arsenales nucleares. *Grosso modo* puede establecerse ese umbral en torno a las 1.000 ojivas de combate estratégicas —puede tratarse de unos centenares o de varios miles (la cosa depende de cuántas ciudades estén señaladas

como objetivos). En modo alguno afirmo que lo sepamos con precisión. Pero pongamos que se trata de 1.000 ojivas nucleares. El total de los arsenales nucleares existentes se sitúa en torno a las 18.000. Y, con la actual acumulación planificada de armas nucleares tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética, la cifra será dentro de pocos años de unas 25.000 ojivas estratégicas (y de teatro). Quiere ello decir que estamos entre 18 y 25 veces por encima del umbral necesario —valga la palabra— para desencadenar el invierno nuclear y para poner en peligro la biología del planeta.

DR. VLADIMIR ALEXANDROV, jefe del Laboratorio de Modelos Climáticos del Centro Informático de la Academia de Ciencias de la URSS.

Quisiera exponer sucintamente las principales consecuencias climáticas que tendría una guerra nuclear.

Tenemos, en primer lugar, las terribles consecuencias geofísicas de una guerra de ese tipo. Los resultados que voy a exponer han sido obtenidos a partir de un modelo de simulación en ordenador elaborado en el Centro Informático de la Academia de Ciencias de la URSS. Se trata de un modelo tridimensional muy complejo que tiene en cuenta en particular las corrientes atmosféricas y la termodinámica de las capas superiores de la atmósfera.

El cálculo de las consecuencias climáticas de un conflicto nuclear es el último experimento al que hemos procedido empleando dicho modelo. Partimos de la hipótesis de base elaborada por el grupo del Dr. Sagan.

El principal efecto de una guerra nuclear sobre el clima sería un enfriamiento brutal y traumatizante, intenso y prolongado del aire en la superficie de los continentes, como resultado de la contaminación de la atmósfera por las partículas radioactivas y, sobre todo, por el hollín.

La hoguera termonuclear abrasará ciudades enteras pero también depósitos de combustible y bosques. En nuestra civilización abundan los materiales orgánicos cuyo elemento básico, el átomo principal, es el carbono. En nuestro entorno atmosférico los productos sintéticos no arden completamente, pero liberan partículas elementales de carbono. Esto es lo que llamamos hollín, cuya alta conductividad le permite absorber una gran cantidad de luz solar. La atmósfera se volverá pues opaca, ya que el flujo solar será interceptado por la contaminación, el polvo y el hollín. Tal absorción de la luz solar es una consecuencia extremadamente importante en caso de conflicto nuclear.

Permítanme que les presente algunos ejemplos de la disminución de las temperaturas que ello originaría. En un plazo de 40 días la temperatura media en los Estados Unidos descendería aproximadamente en 30 o 40°C. Dicho de otro modo, en pleno julio la temperatura media oscilaría entre 18 y 28°C bajo cero y entre 40 y 50°C bajo cero en el mes de enero. La situación sería más o menos la misma en la parte europea de la URSS. El descenso de las temperaturas en Escandinavia, pero también en Arabia Saudita y en Siberia occidental, podría ser del orden de los 50°C y de unos 20°C en América Latina y África del Norte. Esto significa que los seres humanos se verán sometidos bruscamente a un entorno de tipo polar. A ello se añade un factor de suma importancia que habrá que tener presente durante ese periodo: la circulación atmosférica entre ambos hemisferios experimentará un cambio radical debido a las fuertes diferencias de temperatura entre el norte y el sur.

Estudiando a partir de nuestro modelo la modificación de las corrientes atmosféricas, hemos podido constatar que los esquemas ha-

Los océanos

A consecuencia de la oscuridad y de la interrupción de la fotosíntesis, muere rápidamente el fitoplancton, son destruidas las cadenas alimentarias y se extingue la vida marina. Las toxinas y el lodo provenientes de la tierra contaminarán las zonas costeras y la diferencia térmica entre el frío intenso de las masas continentales y las aguas más calientes de los océanos producirá violentas tempestades en las costas. Los recursos alimenticios marinos desaparecerán casi por completo y lo poco que de ellos quede estará gravemente deteriorado.



Contaminación química

Como resultado de las explosiones nucleares que se produzcan cerca de las ciudades se originarán incendios en los depósitos de gas y de petróleo y reventarán los de productos químicos tóxicos, que irán a verterse en los ríos y otras corrientes de agua acabando así con los organismos acuáticos.

bituales quedarían profundamente perturbados durante las dos o tres primeras semanas que seguirían al estallido del conflicto nuclear. Los esquemas clásicos cambiarían hasta tal punto que la capa atmosférica no sería más que un gigantesco magma arrastrado por una corriente uniforme que evacuaría enormes cantidades de sustancias contaminantes del hemisferio norte al hemisferio sur.

En consecuencia, al cabo de tres semanas —un mes como máximo— la situación en el hemisferio sur, y por tanto en las regiones tropicales, resultaría tan catastrófica como en el hemisferio norte.

En conjunto, la atmósfera absorberá más energía como resultado de la contaminación. Sus capas superiores experimentarán un calentamiento superior a los 100°C; la temperatura aumentará pues con la altitud, mientras que hoy ocurre lo contrario en la troposfera, esa capa inferior de la atmósfera cuya parte baja constituye el aire que respiramos. Pues bien, ese calentamiento considerable de las capas superiores de la atmósfera, acompañado de un enfriamiento no menos considerable de las capas inferiores, tendrá por resultado estabilizar las masas atmosféricas y suprimir prácticamente su movimiento ascensional, llamado de convección. La disminución de la evaporación frenará considerablemente el ciclo hidrológico e impedirá con ello el saneamiento natural de la atmósfera por el agua de lluvia. De ese modo los agentes contaminantes permanecerán más tiempo suspendidos en el aire.

Este aumento permanente de la temperatura originará la desaparición de la troposfera, con lo cual la estratosfera comenzará directamente en la superficie de la Tierra.

En el espacio de un mes, aproximadamente, el planeta entero sufrirá las terribles consecuencias de la guerra nuclear, independientemente del lugar o de la forma en que haya estallado, debido a que los elementos contaminantes, las partículas radiactivas y el hollín se propagarán por el globo entero en unas cuantas semanas; más aun, la propia contaminación determinará inmensas diferencias de temperatura que favorecerán esa mezcla en el aire.

La perturbación del ciclo hidrológico producirá sequías con temperaturas muy bajas en continentes enteros. En cambio, los océanos no se enfriarán; en efecto, según nuestros cálculos, su temperatura media descendería en 1,2°C en diez meses. La de las masas de aire oceánico será de algunos grados menos que ahora. Habrá pues inmensas diferencias entre las temperaturas de las tierras emergidas y la del mar, lo que provocará perturbaciones violentas a lo largo de las costas: grandes masas de aire marino saturado de vapor de agua se desplazarán hacia tierra donde se precipitarán en forma de nieve, comenzando así un crudo invierno nuclear de largos meses de duración, independientemente de que el conflicto haya estallado en enero o en verano. Y la violencia de tales perturbaciones meteorológicas acabará con los últimos rastros de civilización a lo largo de las costas.

Durante el periodo de calentamiento de las capas superiores de

la atmósfera aumentará probablemente la temperatura de las montañas más elevadas. Calculamos, por ejemplo, que la del Tibet aumentará en 20°C en un lapso de ocho meses. Esto significa que el ciclo hidrológico de la nieve y de los glaciares cambiará tan brutalmente que se producirán inundaciones en escala incluso continental, debido a las enormes masas de nieve y hielo fundidas. En el mismo lapso de ocho meses, la temperatura de la tierra descenderá en 20 o 30°C en Estados Unidos, en 10°C en Africa del Norte y así por el estilo.

Finalmente, quisiera decir algo sobre las consecuencias de las condiciones climáticas en la vida orgánica. El brusco descenso de la temperatura acabará con los bosques tropicales que sólo pueden existir entre límites térmicos muy reducidos. Este enfriamiento general en decenas de grados centígrados extinguirá la mayor parte de las especies vivas del mundo.

Al mismo tiempo, desaparecerán también los bosques de la zona templada, lo que modificará considerablemente las características físicas de la superficie terrestre durante muchos años después del conflicto.

Por otra parte, el coeficiente de reflexión de la luz solar por la superficie terrestre será dos, tres o cuatro veces mayor y, en consecuencia, la cantidad de energía que absorben ahora esas grandes extensiones de tierra disminuirá en la misma proporción. Habrá de cambiar, inevitablemente, nuestro sistema climático, extremadamente frágil y sensible a cualquier variación de los parámetros internos o externos. Ignoramos lo que ocurrirá; probablemente se produzca un nuevo período glacial. Es demasiado pronto aun para afirmarlo, pero de todos modos las condiciones climáticas serán terriblemente duras.

Es pues sumamente improbable que en el mundo de esa postguerra el *Homo sapiens* encuentre un nicho ecológico en que refugiarse. Quiero decir con ello que el entorno natural será tan hostil a los seres humanos que la vida en las zonas afectadas por la glaciación nuclear será imposible por razones económicas: ni combustible, ni energía, ni agua (porque incluso el agua potable se congelará), ni alimentos, ni nada.

DR. PAUL ERLICH, profesor de biología demográfica de la Universidad de Stanford, EUA.

Permitaseme decir que, en mi opinión, las conclusiones científicas a que hemos llegado en el caso que nos ocupa son, según nuestra terminología, "sólidas". El Dr. Sagan nos ha expuesto ya una razón para tal solidez, a saber, que las repercusiones nucleares en el clima han sido verificadas mediante diferentes tipos de estudios en distintos laboratorios.

Pienso que nuestras conclusiones son sólidas también por otra razón, que me interesa particularmente desde el punto de vista de la ecología. Me refiero al hecho de que en muchos puntos esas conclusiones se quedan cortas por demasiado optimistas. Por ejemplo, cuando se supone que las trombas de fuego destruirán más o menos el 4 por ciento de la superficie terrestre de América del Norte, mientras que otras estimaciones sitúan esa cifra por encima del 50 por ciento. Es también demasiado optimista excluir ciertos factores que, aunque son conocidos, escapan por ahora al "modelo"; por ejemplo, el polvo que se levantaría de las tierras devastadas. Baste recordar las trombas de arena que se produjeron en Estados Unidos en la época de la Gran Depresión para comprender que semejante masa de polvo basta para convertir el mediodía en medianoche y para seguir originando, junto con incendios de larga duración, algu-

Consecuencias para la agricultura

Una guerra que estalle en la primavera o en el verano destruirá o malogrará prácticamente todas las cosechas del hemisferio norte a causa de las temperaturas glaciales que habrán de producirse. La escasa luminosidad impedirá la fotosíntesis, lo que afectará a todas las cadenas alimentarias. La mayoría de los animales domésticos morirán o quedarán sobremanera debilitados por la radiación. Los que sobrevivan morirán pronto de sed ya que el agua dulce de los continentes se habrá congelado.

Los bosques

Tras una guerra nuclear, el agua dulce se congelará hasta una profundidad considerable, destruyendo todos los alimentos acuáticos de que se nutren los seres terrestres. Las lluvias radiactivas acabarán con las coníferas, y éstas, secas y muertas, serán fácil presa de los incendios.

► nos efectos climáticos durante períodos mucho mayores que los que se han señalado hasta ahora.

Unos 70 biólogos, reunidos en abril de 1983, estudiaron las consecuencias climáticas de una guerra nuclear y llegaron a una conclusión unánime por la simple razón de que el nivel de destrucción biológica que acarrearía semejante conflicto es tan espantoso que no cabe al respecto desacuerdo alguno. Interrogar a especialistas en ecología y en evolución sobre las consecuencias biológicas del invierno nuclear equivaldría a preguntar a un grupo de ilustres médicos cuáles serían las consecuencias para la salud si cada una de las personas presentes en esta sala se metiera en la boca una escopeta de dos cañones y tirara de ambos gatillos a la vez.

Como ha señalado ya el Dr. Sagan, la oscuridad nuclear bastaría por sí sola para destruir la base misma de nuestros sistemas ecológicos, puesto que, como es sabido, nuestra vida depende de las plantas. La vegetación marina no resultaría afectada debido a la inercia térmica del agua, pero los microorganismos que constituyen la base de la cadena alimentaria oceánica (como el fitoplancton unicelular) carecen esencialmente de reservas y perecerían inmediatamente. En las zonas templadas todas las plantas terrestres morirían no sólo a causa de la oscuridad sino del extremado frío. Si la guerra tiene lugar durante el período de crecimiento de las plantas, que es lo más probable, muchos vegetales capaces de soportar en otras estaciones temperaturas relativamente bajas morirían inmediatamente por no tener tiempo para endurecerse y aumentar así su resistencia al frío, como hacen normalmente en otoño.

Tenemos pues dos elementos básicos: la oscuridad, más que suficiente para destruir los sistemas biológicos, por lo menos en el hemisferio norte, y el frío, que sería también mayor del necesario para producir su extinción. A ello se añaden los niveles de radiación cuya extraordinaria importancia constituyó una sorpresa para los biólogos. En efecto, sabíamos desde hace mucho tiempo que las consecuencias de la radiación son sobremanera graves para los seres humanos, pero estimaciones recientes indican que ésta sería suficientemente importante para destruir los ecosistemas debido al *smog* tóxico y a los rayos ultravioletas B. Cualquiera de estos elementos sería más que suficiente por sí solo para alterar gravemente los sistemas ecológicos, y muchos de ellos, tomados separadamente, bastarían para destruir la producción alimentaria de un año. Acumulados, esos efectos representan una fantástica capacidad de destrucción; es pues fácil comprender que la mayoría de los biólogos consideren unánimemente que si se produce una guerra nuclear en gran escala, capaz de desencadenar semejantes efectos climáticos, podríamos despedirnos del hemisferio norte, donde no quedaría rastro alguno de civilización.

Los únicos sobrevivientes, en caso de haberlos, serían quienes hubieran podido abrigarse en refugios sumamente profundos con una enorme provisión de alimentos, un suministro autónomo de aire, etc. Y, naturalmente, todas esas personas lo único que conseguirían sería retardar su muerte, ya que al salir de su refugio sólo encontrarían un continente devastado, altamente radiactivo, donde nada podría sembrarse, o sea que no tendrían posibilidad alguna de obtener alimentos ni otros productos necesarios para la vida.

Los biólogos consideran, como ha señalado el Dr. Alexandrov, que si los efectos antes enumerados alcanzan al hemisferio sur, la extinción de la especie humana no puede descartarse como hipótesis y, en ciertas circunstancias, parece incluso probable.

Podría citarles una larga lista de otras consecuencias ecológicas que mis colegas y yo hemos podido determinar tras haber sido ignoradas durante mucho tiempo, pero de las cuales voy a prescindir ahora dada la gravedad de las que acabamos de citar.

Simplemente señalaré lo siguiente: si se produce un conflicto suficientemente limitado como para no provocar un invierno nuclear total, no por ello escaparíamos a los efectos biológicos a largo pla-

zo. Una guerra de semejante nivel, que ocasione un número reducido de incendios y libere una cantidad menor de polvo en la atmósfera, puede fácilmente hacer que descienda la temperatura del hemisferio norte en unos 7 u 8 grados. Ello bastaría para destruir totalmente allí la producción de cereales de un año, lo que ya de por sí, y sin tener en cuenta los efectos inmediatos, constituiría la mayor catástrofe que jamás se haya abatido sobre el *Homo sapiens*. De modo que aun por debajo del nivel o "umbral" mínimo no cabe en modo alguno suponer que los sobrevivientes de una guerra nuclear pudieran salir de sus abrigos después de estallar la bomba.

DR. ALEXANDRE PAVLOV, Director del Instituto Científico de Radiología de Moscú

Al tratar de las consecuencias de una guerra nuclear total es preciso analizar a la vez los efectos directos e inmediatos, relacionados con la potencia destructiva de las armas nucleares, y las consecuencias indirectas y remotas que los inevitables y desastrosos cambios del entorno natural tendrán en la salud y la vida de los hombres.

Hoy conocemos bien ciertos efectos destructivos del empleo de las armas nucleares, tales como la onda expansiva, la temperatura elevada, la radiación y la contaminación por los radionucleidos. Pero es preciso señalar que tras las explosiones nucleares se producirán, en distintas proporciones, una serie de lesiones asociadas a síndromes causados por traumatismos mecánicos, quemaduras y radiaciones.

La Comisión competente de la Organización Mundial de la Salud estima que una guerra nuclear total causará más de mil millones de muertos y un número similar de heridos. Es decir que cerca de la mitad de la población mundial será víctima directa del conflicto. El destino de la otra mitad dependerá de las consecuencias nocivas de los factores radiológicos, climáticos, socioeconómicos y de otra índole.

Al tratar de los efectos inmediatos del empleo de las armas nucleares es preciso citar en particular un nuevo tipo de lesiones patológicas debidas a la radiación.

Actualmente disponemos de gran número de datos acerca de la acción biológica de la radiación en los seres vivos, datos que han abierto amplias perspectivas para el empleo de la radiación en medicina en provecho de la humanidad. Pero hay otro aspecto, y es que la irradiación externa o interna de todo el cuerpo crea un estado patológico llamado enfermedad de la radiación cuya gravedad depende de las dosis radioactivas absorbidas y del volumen de los tejidos afectados. Las formas que puede adoptar tal enfermedad son diversas.

Cuando un ser humano ha quedado expuesto a altas dosis de radiación se observan trastornos del sistema nervioso central acompañados de un estado de estupor, que terminan con la muerte, la cual puede sobrevenir unas cuantas horas o días después de la radiación.

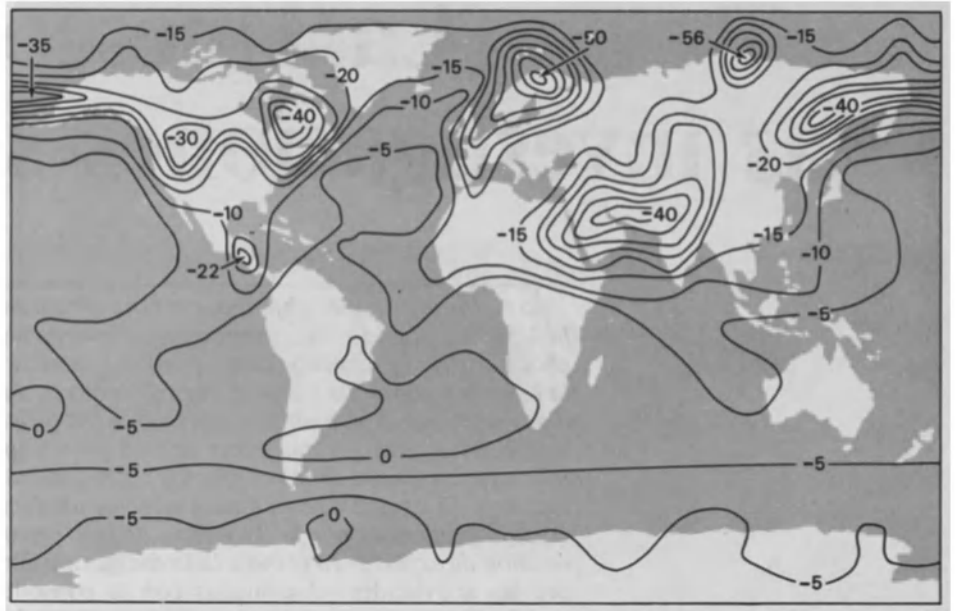
En dosis menores ésta origina diversas manifestaciones clínicas, tales como trastornos gastrointestinales, con diarrea hemorrágica y lesiones de los tejidos hematopoyéticos (donde se forman los glóbulos sanguíneos, como la médula espinal), que se traducen en citopenia (carencia de elementos celulares en la sangre), anemia y deficiencia inmunológica. El estado de los pacientes puede agravarse aun más debido a complicaciones infecciosas tales como la estomatitis, la faringitis, la enterocolitis, la pulmonía y otras, cuyo desenlace es a menudo la muerte.

Los efectos a largo plazo dependerán de cada entorno específico. No puede concebirse la vida humana separándola de su medio ambiente. De ahí que todos los datos concernientes a las transformaciones ecológicas y climáticas que se produzcan a causa de las tre-

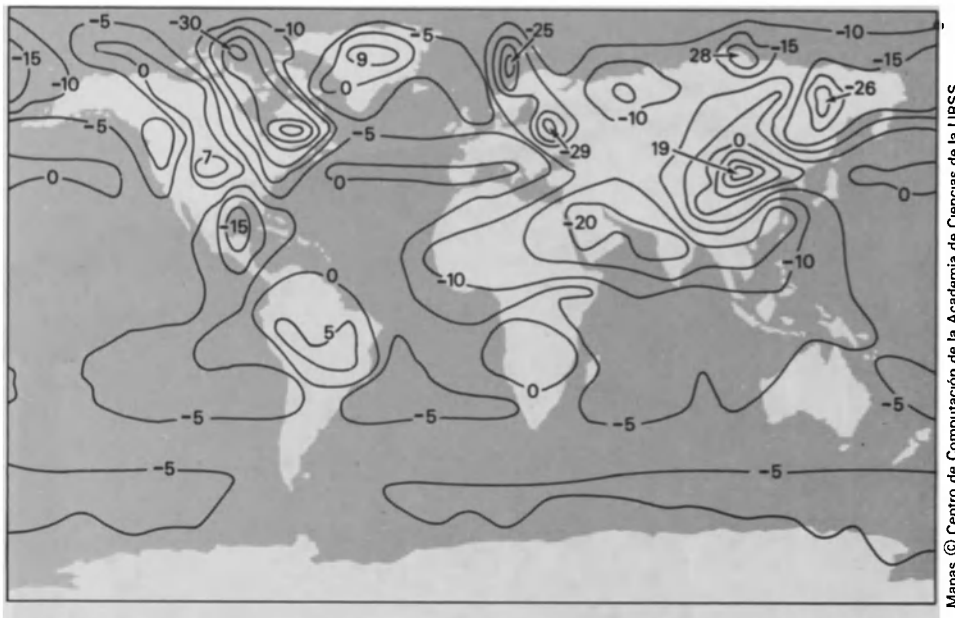
Efectos en escala mundial

El frío y la oscuridad subsiguientes a una guerra nuclear en el hemisferio norte se extenderán probablemente hasta sus zonas tropicales y subtropicales así como a las del hemisferio sur. Esto afectará gravemente a la flora y a la fauna de tales regiones, destruyendo las selvas tropicales húmedas que constituyen una de las grandes reservas de la diversidad orgánica de la Tierra.

40 días después



Cambios de la temperatura del aire en la superficie de la Tierra 40 y 243 días después (arriba y abajo, respectivamente) del estallido de una guerra nuclear en la que se emplearan bombas con un total de 5.000 megatonnes, según cálculos del Centro de Computación de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Las isoterma (líneas que conectan puntos de igual temperatura) están graduadas a intervalos de 5 grados centígrados. Después de 40 días habría un descenso de 30 a 40 grados en la temperatura de Estados Unidos y de la URSS, 50 en Escandinavia y Arabia Saudita, 22 en América Latina y 20 en África. 243 días después el calentamiento de la atmósfera superior produciría aumentos de la temperatura en los grandes sistemas montañosos—entre 5 o 6 grados en los Andes y 20 en el Tibet—, suficientes para provocar inundaciones en escala continental.



243 días después

mendas explosiones nucleares son decisivos para determinar las consecuencias a largo plazo.

Los efectos atmosféricos y climáticos de una guerra nuclear acabarían con todos los seres vivos de la Tierra y en primer lugar con la especie humana. El súbito descenso de la temperatura del aire y la opacidad de la atmósfera a las radiaciones solares crearán condiciones tales que la supervivencia de la humanidad será prácticamente imposible.

Los edificios que no se hayan convertido en ruinas no podrán servir de abrigo. Los sobrevivientes se verán obligados a buscar refugios subterráneos donde la imposibilidad de asegurar las condiciones de higiene más elementales originará epidemias de enfermedades infecciosas (tifus, fiebre tifoidea, cólera, enfermedades virales, etc.).

La desaparición de los bosques, que con razón pasan por ser los "pulmones" de nuestro planeta, conducirá a una brusca y desastrosa disminución del contenido de oxígeno del aire, cuyas consecuencias para la vida son fáciles de imaginar.

El descenso de las temperaturas y la disminución de la radiación solar ocasionarán la desaparición de los cultivos agrícolas, lo que hará imposible procurarse alimentos. El hambre crónica reducirá la defensa inmunológica del organismo, lo cual facilitará el desarrollo de diversas enfermedades infecciosas.

Los océanos y otras masas de agua del mundo dejarán de ser una fuente de vida. A causa de los efectos planetarios antes citados, los

océanos se convertirán en una tumba para la fauna y la flora marinas, lo que privará a la humanidad de su última fuente de alimentos. El aprovisionamiento de agua quedará completamente perturbado, con todas las consecuencias que ello supone.

El cuerpo humano tiene inmensas posibilidades para adaptarse a condiciones climáticas extremas. El hombre es capaz de vivir durante mucho tiempo en los témpanos de hielo de la Antártida, a bordo de una estación espacial o en una ciudad sitiada. Así sucedió durante la Segunda Guerra Mundial cuando la población de Leningrado soportó un sitio de 900 días. Pero en todos esos casos existe cierto apoyo logístico que permite a la población sobrevivir aun en semejantes condiciones. En cambio, en caso de catástrofe nuclear no habrá ese recurso.

Es posible que algunos años después del estallido de una guerra nuclear total se produzca una relativa normalización de la atmósfera y de las condiciones climáticas, lo que teóricamente permitiría a quienes hubieran sobrevivido recuperar sus funciones vitales (tras un período de anabiosis o vida latente). Pero, desgraciadamente, no habrá sobrevivientes para comprobarlo.

Mi breve incursión de médico en lo que sería el futuro tras una guerra nuclear total es, naturalmente, incompleta porque es imposible prever todas las consecuencias de una modificación compleja e interdependiente de los factores climáticos, naturales, ecológicos y socioeconómicos. Pero no hay duda de que una catástrofe nuclear desembocará en la desaparición de este ápice de la evolución terrestre que es la especie humana. □

La Unesco

y las investigaciones sobre la paz

Uno de los principales objetivos del Gran Programa XIII de la Unesco, titulado Paz, comprensión internacional, derechos humanos y derechos de los pueblos, consiste en alentar la reflexión sobre los factores que contribuyen a la paz mediante estudios que combinen la reflexión filosófica y las preocupaciones éticas y esclarecer dentro de una perspectiva histórica las causas de los conflictos y sus distintas interpretaciones. El siguiente texto está tomado de un documento de trabajo preparado por la Secretaría de la Unesco para una reunión de expertos en torno a la Investigación filosófica sobre las actividades relacionadas con la consolidación del espíritu de paz, que se celebró en París en diciembre de 1980.



El templo de Atenea Niké ("Victoriosa") se alza contra el cielo del Mediterráneo como un centinela a la entrada de la Acrópolis, verdadero corazón de Atenas. Detrás del templo se halla el Partenón, templo rectangular de columnas dedicado a Atenea, cuya aparente simplicidad es una expresión del ideal de unidad y de claridad de la filosofía platónica, uno de los numerosos legados espirituales de Grecia al mundo. Dignas herederas de Leónidas, que defendió las Termópilas contra los persas, las fuerzas armadas griegas infligieron una grave derrota a las tropas fascistas de Mussolini, que habían invadido el país en octubre de 1940, y continuaron luchando contra las fuerzas combinadas del Eje hasta fines de abril de 1941. Se ha calculado que Grecia tuvo en el conflicto 160.000 muertos, de ellos 140.000 civiles.

Foto H. de Jong. Unesco

ES urgente elaborar una filosofía moderna universalmente aceptable que sirva de fundamento a las actividades de consolidación de la paz, recurriendo para ello a la epistemología de las investigaciones sobre los fenómenos de la paz y de la guerra, a la concepción filosófica de una paz verdaderamente estable y a los fundamentos morales de las relaciones pacíficas en todas las esferas.

Por no existir una epistemología general muchas tentativas de investigación sobre la paz pierden buena parte de su alcance y su importancia. Algunos intentos recientes de explicar los fenómenos de la paz y la guerra de manera general muestran un fallo metodológico común: haberse elaborado varios conceptos de análisis simplificando en exceso, por tratar de hacer comparaciones con modelos derivados de fenómenos mejor conocidos pero también más elementa-

les que aquellos cuyo esclarecimiento se intenta. La precisión descriptiva de tales modelos es sólo aproximativa, su capacidad explicativa limitada y su utilidad en la práctica y para el establecimiento de previsiones muy escasa.

Para poner en claro los fundamentos teóricos de la investigación contemporánea sobre la paz hay que tratar de analizar su fraseología y su terminología, tomadas a veces de otras disciplinas y con frecuencia ambiguas. Por ejemplo, en el 26º periodo de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas se propuso la creación de "barómetros polemológicos", curiosa palabra con la que se hace referencia a unos mecanismos capaces de prever el estallido de conflictos regionales que amenacen la paz.

Posteriormente se desarrolló tal idea y se hizo la propuesta de establecer "frentes de agresividad colectiva", a semejanza de los

modelos meteorológicos; para construir esos "barómetros" y establecer esos "frentes" se consideró que los mejores instrumentos eran los ordenadores. Con ello se materializó una metáfora meteorológica de los fenómenos relacionados con la paz y la guerra.

Aunque no debe menospreciarse toda la labor realizada en lo que atañe a la construcción de "barómetros polemológicos" informatizados, hay que tener también presentes los riesgos que entrañan la utilización de tales metáforas y la extrapolación de métodos de un campo de la investigación a otro, por ejemplo de una ciencia natural a otra social.

Menos popular es el modelo "médico", que asimila el estado de paz o de guerra al estado de buena salud o de enfermedad del cuerpo humano. Los mismos creadores de este modelo recalcan que, "mientras que el

cuerpo humano se armoniza claramente con la idea de un 'sistema natural' que comprenda los procesos de autoconservación y de envejecimiento, topamos en un principio con ciertas dificultades para conceptualizar de manera análoga el sistema internacional".

Pese a ello, hasta el teórico noruego Johan Galtung, al explicar la diferencia entre los estudios sobre la *paz negativa* (definida como ausencia de guerra) y la *paz positiva* (desarrollo de las relaciones de cooperación), formula la suposición de que esa diferencia es comparable a la que en las ciencias médicas existe entre la salud negativa y la positiva y de que la "salud" del sistema internacional depende en cierta medida de la de sus partes constituyentes, las naciones.

Está claro que quienes participan en las investigaciones sobre la paz consideran las concepciones "meteorológica" y "médica" de los fenómenos de la guerra y la paz como metáforas preliminares y no como modelos muy elaborados. Pero en el campo de esas investigaciones existen también modelos cuyo carácter metafórico no resulta tan evidente. Tales son los modelos freudiano y conductista, los modelos antropológicos, los etológicos...

Cada intento de modelización lleva en germen un riesgo de reduccionismo, es decir de reducir artificialmente el objeto de la investigación. Pero, además, ese riesgo se agrava cuando se toma el enfoque teórico de las ciencias naturales (medicina, meteorología, etc.) trasponiéndolo a la esfera de las ciencias sociales. Un modelo basado en la comparación de los conflictos entre tribus primitivas con los modernos conflictos entre estados, es decir las guerras, entraña, por ser propio de las ciencias sociales, el riesgo de poner de manifiesto semejanzas exteriores y menos importantes. Cabe colegir que unos conflictos que se originan en sociedades con estructuras sociales distintas presentan tanto diferencias como similitudes, ya que son variables el origen y el grado de complejidad de los conflictos. No se los puede considerar, por un lado, como una forma antigua y elemental y, por otro, como una forma contemporánea y complicada del mismo fenómeno.

Es pues evidente que la investigación sobre la paz necesita "encontrar" su propio paradigma, y son varios los que existen. Un "paradigma" célebre es la explicación estructural de las causas de la guerra según la teoría marxista, para la cual el motor principal de la agresión exterior y de la guerra es la propiedad privada de los medios de producción, la explotación de la población por una minoría de clases poseedoras y la estratificación de las clases sociales en capas antagonistas; en cambio, la paz perpetua sólo podrá conseguirse en una futura comunidad socialista mundial, liberada de toda forma de opresión. Existen versiones modernas de este esquema que emplean fraseologías diferentes pero cuyos contenidos son semejantes.

Naturalmente, la concepción marxista de la paz y la guerra ha sido también objeto de críticas. Desde un punto de vista filosófico, en particular, se formula a veces una crítica de fondo. Según este punto de vista, aunque el método marxista de explicación de los fenómenos de la guerra y la paz no recurra a una metáfora o a un modelo explícitos, resulta reduccionista en la medida en que trata de explicar unas tensiones y unas hostilidades de cierto tipo, a saber entre



Foto Burt Glinn © Magnum, París

Orando por la paz. La cumbre nevada del Fujiyama, montaña sagrada del Japón, sirve de inmenso telón de fondo a estos dos monjes en actitud de orar.

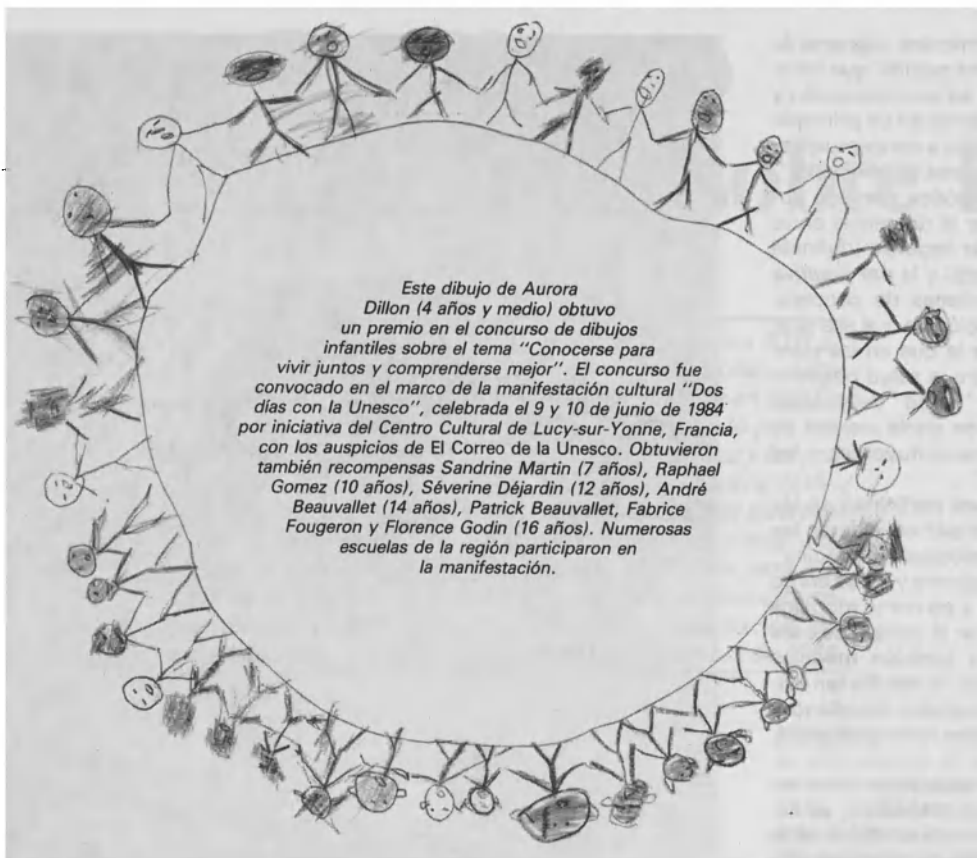
estados soberanos, en términos de conflictos de otro tipo, a saber los que existen dentro de cada estado.

La historia de las ciencias sociales está jalonada de ruinas de reduccionismos que fracasaron. De ahí que el método de "sistemas" interdisciplinarios resulte prometedor para abordar en el futuro los fenómenos de la guerra y de la paz. No deben tampoco olvidarse los modelos positivos elaborados desde 1966 en el marco del *Proyecto de modelos de un orden mundial* (PMOM) y que alcanzaron un alto grado de estructuración conceptual.

Otro problema filosófico difícil de eludir es el del estatuto de las "leyes" que rigen el desarrollo de la sociedad. Se trata de un debate notorio, por lo menos desde que se publicó el libro de Karl Popper *La miseria del historicismo*; su pertinencia es hoy tan patente como hace un cuarto de siglo.

¿En qué medida las "leyes" del desarrollo social, las que hemos descubierto hasta hoy o las que esperamos descubrir en el futuro, son semejantes a las ciencias naturales? ¿En qué se diferencian? Se afirma, por ejemplo, que las leyes de la naturaleza no puede cambiarlas el hombre, al cual sólo le cabe adaptarse a ellas y servirse en sus actividades del conocimiento que tiene de sus particularidades, mientras que, según la teoría marxista, la actividad del hombre puede cambiar las leyes de la sociedad en beneficio de la humanidad.

¿Es posible en nuestros días el estableci-►



Este dibujo de Aurora Dillon (4 años y medio) obtuvo un premio en el concurso de dibujos infantiles sobre el tema "Conocerse para vivir juntos y comprenderse mejor". El concurso fue convocado en el marco de la manifestación cultural "Dos días con la Unesco", celebrada el 9 y 10 de junio de 1984 por iniciativa del Centro Cultural de Lucy-sur-Yonne, Francia, con los auspicios de El Correo de la Unesco. Obtuvieron también recompensas Sandrine Martin (7 años), Raphael Gomez (10 años), Séverine Déjardin (12 años), André Beauvallet (14 años), Patrick Beauvallet, Fabrice Fougeron y Florence Godin (16 años). Numerosas escuelas de la región participaron en la manifestación.

► miento de una paz perpetua? Sabemos que hasta ahora el estado de guerra ha prevalecido en la historia sobre la paz. ¿Es ello debido a la existencia de leyes precisas de la sociedad y del comportamiento humano que hacen inevitable o incluso indispensable la guerra, como han afirmado algunos pensadores? Y si efectivamente existen esas leyes, ¿son ineluctables en el mismo sentido en que lo son las leyes de la naturaleza? ¿O bien, por el contrario, pueden cambiarse, como otras leyes que gobiernan la sociedad? ¿O puede conseguirse que su acción sea menos peligrosa, o incluso inocua, o canalizarse de uno u otro modo?

Existen pues ya a disposición de quienes se dedican a investigar sobre la paz una serie de teorías, de elementos de teoría, de modelos y de metáforas que contribuyen al análisis de los fenómenos relacionados con la guerra y la paz; pero también se plantean una serie de problemas filosóficos de fondo

que difícilmente pueden pasarse por alto. La investigación sobre la paz es un campo interdisciplinario sobremanera complejo. La cuestión a la que debe prestarse la máxima atención es la de la "dialéctica de la paz", hecha de correlaciones complejas entre la dimensión de la paz y de la guerra, por un lado, y las dimensiones de los derechos humanos, del desarrollo interno de las naciones, de la equidad tanto económica como política entre países y de la existencia y el reconocimiento de la diversidad cultural, por otro. Cada una de esas dimensiones entraña a su vez un aspecto moral y el debate brinda la ocasión de un cuestionamiento capaz de poner a prueba y de mejorar las principales teorías éticas que la filosofía ha elaborado a lo largo de los siglos, teorías racionalistas, intuitivas, utilitarias o de otro tipo.

En este punto se nos viene inmediatamente a las mentes el pensamiento de Kant: un ser razonable sólo debe obrar se-

gún unas máximas que puedan constituir un sistema de leyes. Según el filósofo de Königsberg, a quien se debe también la idea de la paz perpetua, un comportamiento racional debe fundarse en el sistema claro y elaborado de una moral coherente, organizado en leyes y reglas.

La idea de tal sistema subyace en los proyectos de un Nuevo Orden Internacional. Necesitamos una filosofía elaborada sobre ese Orden y en ella debe basarse el concepto moderno de la paz. La comprensión de las concepciones fundamentales que inspiran las grandes teorías morales es de la máxima importancia para aprehender los valores contenidos en la dialéctica de la paz y de la guerra. Por lo demás, la reflexión sobre las condiciones concretas de éstas en el mundo actual puede contribuir a enriquecer las teorías morales de la filosofía misma. □

Tarifas de suscripción:

1 año: 68 francos (España: 1.650 pesetas). 2 años (únicamente en Francia): 120 francos. Tapas para 12 números (1 año): 52 francos. Reproducción en microfilm: (1 año) 150 francos

Redacción y distribución:

Unesco, place de Fontenoy, 75700 París

Los artículos y fotografías que no llevan el signo © (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar "De EL CORREO DE LA UNESCO", el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a EL CORREO tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la revista. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de las Naciones Unidas ni de la Unesco.

Subjefe de redacción:

Olga Rödel

Secretaría de redacción:

Gillian Whitcomb

Redactores:

Español: Francisco Fernández-Santos (París)

Jorge Enrique Adoum

Francés: Alain Lévêque (París)

Neda el Khazen

Inglés: Howard Brabyn (París)

Roy Malkin

Ruso: Nikolai Kuznetsov (París)

Arabe: Sayed Osman (París)

Alemán: Werner Merklí (Berna)

Japonés: Seiichiro Kojimo (Tokio)

Italiano: Mario Guidotti (Roma)

Hindi: Rajmani Tiwari (Delhi)

Tamul: M. Mohammed Mustafa (Madrás)

Hebreo: Alexander Broïdo (Tel-Aviv)

Persa: Hossein Razmdyu (Teherán)

Portugués: Benedicto Silva (Río de Janeiro)

Neerlandés: Paul Morren (Amberes)

Turco: Mefra Ilgazer (Estambul)

Urdu: Hakim Mohammed Said (Karachi)

Catalán: Joan Carreras i Martí (Barcelona)

Malayo: Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)

Coreano: Paik Syeung-Gil (Seúl)

Swahili: Domino Rutayebesibwa (Dar es-Salam)

Croata-servio, esloveno, macedonio

y servio-croata: Vitimir Sudarski (Belgrado)

Chino: Shen Guofen (Pekín)

Búlgaro: Goran Gotev (Sofía)

Griego: Nicolas Papageorgiu (Atenas)

Cingalés: S.J. Sumanasckara Banda (Colombo)

Finés: Marjatta Oksanen (Helsinki)

Sueco: Inger Raaby (Estocolmo)

Vascuence: Gurutz Larrañaga (San Sebastián)

Braille: Frederick H. Potter (París)

Documentación: Christiane Boucher

Ilustración: Ariane Bailey

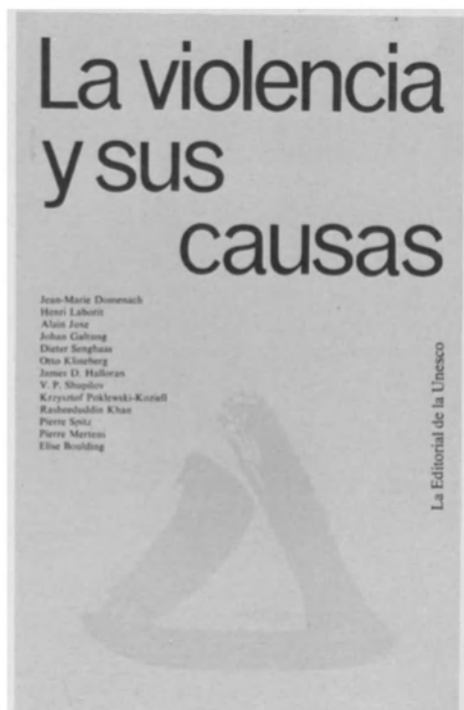
Composición gráfica: Georges Servat

Promoción y difusión: Fernando Ainsa

Proyectos especiales: Peggy Julien

La correspondencia debe dirigirse al director de la revista.

Sobre la violencia y la guerra

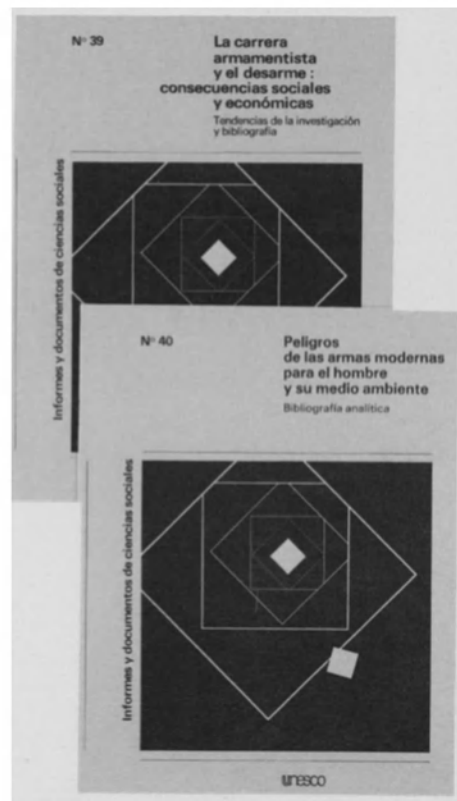


Desde su fundación, pronto hará cuarenta años, la Unesco ha emprendido una serie de trabajos sobre la violencia y la guerra en sus más diversas formas y consecuencias, trabajos que han dado lugar frecuentemente a libros y publicaciones. Señalamos aquí por su especial importancia tres de esos libros, que tratan de manera sistemática y minuciosa de las causas biológicas, psicológicas y, sobre todo, económicas y sociales de la violencia y de los graves peligros de la carrera armamentista y de las armas modernas.

La violencia y sus causas. 303 p. 38 francos franceses

Peligros de las armas modernas para el hombre y su medio ambiente. 29 p. 8 francos franceses

La carrera armamentista y el desarme: consecuencias sociales y económicas. 39 p. 8 francos franceses.



Para renovar su suscripción

y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en las librerías o directamente al agente general de la Organización. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

ANGOLA. (República Popular de) Casa Progresso/Secção Angola Média, Calçada de Gregório Ferreira 30, c.p. 10510, Luanda BG, Luanda.

ARGENTINA. Librería El Correo de la Unesco, EDILYR S.R.L., Tucumán 1685 (P.B."A") 1050 Buenos Aires.

Correo Argentino	CENTRAL (B)	TARIFA REDUCIDA CONCESION No. 274
		FRANQUEO PAGADO CONCESION N° 4074

BOLIVIA. Los Amigos del Libro, casilla postal 4415, La Paz ; Avenida de las Heroínas 3712, casilla postal 450, Cochabamba.

BRASIL. Fundação Getúlio Vargas, Editora-Divisão de Vendas, caixa postal 9.052-ZC-02, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, R.J. (CEP. 20000). Livros e Revistas Técnicos Ltda., Av. Brigadeiro Faria Lima, 1709 - 6° andar, Sao Paulo, y sucursales : Rio de Janeiro, Porto Alegre, Curitiba, Belo Horizonte, Recife.

COLOMBIA. Instituto Colombiano de Cultura, carrera 3ª, n° 18/24, Bogotá.

COSTA RICA. Librería Cooperativa Universitaria, Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio", San José; Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Edificio Metropolitano 7° piso, apartado 10227, San José.

CUBA. Ediciones Cubanas, O'Reilly n° 407, La Habana. Para *El Correo de la Unesco* solamente: Empresa COPREFIL, Dragones n° 456, e/Lealtad y Campanario, Habana 2.

CHILE. Editorial Universitaria S.A., Departamento de Importaciones, casilla 10220, Santiago. Librería La Biblioteca, Alejandro I, 867, casilla 5602, Santiago 2; Editorial "Andrés Bello", Av. R. Lyon 946, casilla 4256, Santiago.

REPUBLICA DOMINICANA. Librería Blasco, Avenida Bolívar, no. 402, esq. Hermanos Deligne, Santo Domingo.

ECUADOR. Revistas solamente : DINACOUR Cia. Ltda., Santa Prisca n° 296 y Pasaje San Luis, Oficina 101-102, Casilla 112b, Quito; libros solamente: Librería Pomaire, Amazonas 863, Quito; todas las publicaciones : Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correos 3542, Guayaquil.

ESPAÑA. MUNDI-PRENSA LIBROS S.A., Castelló 37, Madrid 1 ; Ediciones LIBER, Apartado 17, Magdalena 8, Ondárroa (Vizcaya) ; DONAIRE, Ronda de Outeiro 20, apartado de correos 341, La Coruña ; Librería AL-ANDALUS, Roldana 1 y 3, Sevilla 4 ; Librería CASTELLS, Ronda Universidad 13, Barcelona 7.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA. Unipub, 205, East 42nd Street New York, N. Y. 10017. Para *El Correo de la Unesco* : Santillana Publishing Company Inc., 575 Lexington Avenue, Nueva York, N.Y. 10022. Para libros y periódicos : Box 433, Murray Hill Station New York, N. Y. 10157.

FILIPINAS. The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila, D-404.

FRANCIA. Librairie de l'Unesco, 7, place de Fontenoy, 75700 Paris (C.C.P. Paris 12.598-48).

GUATEMALA. Comisión Guatemalteca de Cooperación con la Unesco, 3ª Avenida 13-30, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala.

HONDURAS. Librería Navarro, 2ª Avenida n° 201, Comayaguela, Tegucigalpa.

MARRUECOS. Librairie "Aux Belles Images", 281, avenue Mohammed V, Rabat ; *El Correo de la Unesco* para el personal docente : Comisión Marroquí para la Unesco, 19, rue Oqba, B.P. 420, Rabat (C.C.P. 324-45).

MEXICO. Librería El Correo de la Unesco, Actipán 66, Colonia del Valle, México 12, D.F.

MOZAMBIQUE. Instituto Nacional do Livro e do Disco (INLD), Avenida 24 de Julho, 1921, r/c e 1° andar, Maputo.

NICARAGUA. Librería Cultural Nicaragüense, calle 15 de septiembre y avenida Bolívar, Apartado 807, Managua; Librería de la Universidad Centroamericana, apartado 69, Managua.

PANAMA. Distribuidora Cultura Internacional, apartado 7571, Zona 5, Panamá.

PARAGUAY. Agencia de Diarios y Revistas, Sra. Nelly de García Astillero, Pte. Franco 580, Asunción.

PERU. Librería Studium, Plaza Francia 1164, apartado 2139, Lima; Librería La Familia, Pasaje Peñaloza 112, apartado 4199, Lima.

PORTUGAL. Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70-74, Lisboa 1117 Codex.

PUERTO RICO. Librería Alma Mater, Cabrera 867, Rio Piedras, Puerto Rico 00925.

URUGUAY. EDILYR Uruguay, S.A., Maldonado 1092, Montevideo.

VENEZUELA. Librería del Este, Av. Francisco de Miranda 52, Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas 1060-A ; La Muralla Distribuciones, S.A., 4a. Avenida entre 3a. y 4a. transversal, "Quinta Irenalis" Los Palos Grandes, Caracas 106.

LES GUERRES
 PRENA
 NAISSANCE
 DANS L'ESPRIT
 DES HOMMES
 C'EST
 DANS L'ESPRIT
 DES HOMMES
 QU'IL DOYENT
 ETRE ELEVES
 LES DEFENSES
 DE LA

Puesto que
 las guerras
 nacen
 en la mente
 de los hombres,
 es en la mente
 de los hombres
 donde deben
 erigirse
 los baluartes
 de la paz.

Fragmento
 del Preámbulo
 de la Constitución
 de la Unesco,
 aprobada
 en Londres
 el 16 de noviembre
 de 1945

Caligrafía
 del texto
 francés:
 Georges Servat,
*El Correo
 de la Unesco*

